



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 258 - Enero 2025

*«Que mi oración suba
hasta ti, Señor»*



San Manuel González

La más amarga de las contrariedades: Dios abandonado

Si la Eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo, el abandono de la Eucaristía es la frustración práctica de ese milagro y con ella la de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia.

La Eucaristía abandonada es, en cuanto esto se puede decir de Dios, Jesucristo contrariado con la más amarga de las contrariedades y las almas y las sociedades privadas de ríos y de mares de bienes.

No es que no existan o nos importen poco otros males que ofenden a Dios y afligen a nuestros hermanos, sino que dejamos a otras obras o instituciones nacidas o especializadas para eso el remedio de estos

otros males, que después de todo no son sino efectos o síntomas de aquel gravísimo y trascendental mal del abandono. [...]

El abandono es el mal de los que saben que Jesús tiene ojos y no se dejan ver de ellos, y oídos y no le hablan, y manos y no se acercan a recoger sus regalos, y corazón que les ama ardientemente y no lo quieren ni le dan gusto, y doctrina de toda verdad y la desdeñan o la interpretan a su capricho, y ejemplos de vida y no los copian. ¡Es mal de próximos y amigos!

SAN MANUEL GONZÁLEZ. *El abandono de los sagrarios acompañados*. 3.^a ed. Palencia: El Granito de Arena, 1936, pp. 33-35.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXIII, número 258, Enero 2025

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

➔ Preguntan los lectores.....	4
➔ Editorial	
LA SOLUCIÓN A LA CRISIS VIENE DE LO ALTO	5
➔ NUEVAS IDEAS, MISMOS IDEALES	6
➔ La voz de los Papas	
¿A QUIÉN NOS DIRIGIMOS CUANDO REZAMOS?	8
➔ La liturgia dominical	
MARÍA TIENE ALGO DE JESÚS, Y JESÚS TIENE TODO DE MARÍA	10
¿DÓNDE ENCONTRAR A LA ESTRELLA DE BELÉN?	11
POR EL BAUTISMO, DAMOS FRUTOS DIVINOS.	12
UNA PROFECÍA CARGADA DE ESPERANZA	13
«LA LEY DEL SEÑOR ES PERFECTA»... E INMUTABLE ..	14
➔ Ejemplos que arrastran	
EL PREMIO DE LA ADMIRACIÓN	15
➔ Tesoros de Mons. João	
ACTUANDO EN EL PASADO, PRESENTE Y FUTURO... ..	16
➔ ¿Qué dice el catecismo?	
YA VOY A MISA... ¿REALMENTE NECESITO REZAR? ...	19
➔ Tema del mes	
¿CÓMO PEDIR Y SER ATENDIDO?	20
LA FUERZA DE LOS HOMBRES... ¡Y LA DEBILIDAD DE DIOS!	24
➔ Santo Tomás enseña	
CUANDO ME DISTRAIGO, ¿MI ORACIÓN PIERDE SU VALOR?	27
➔ Historia, maestra de la vida	
UNA TROPA DE ÉLITE PARA LA IGLESIA	28
➔ Un profeta para nuestros días	
LO INIMAGINABLE Y LO SOÑADO SE ENCUENTRAN ...	32
➔ Vidas de Santos	
San Timoteo – UNA BIOGRAFÍA ESCRITA POR DIOS MISMO	36
➔ Doña Lucilia	
PIEDAD LUCILIANA	40
➔ Heraldos en el mundo	42
➔ Suger, abad de Saint-Denis – ELEGIDO POR DIOS, APRECIADO POR LOS HOMBRES	46
➔ ¿Sabías.....	49
➔ Tendencias y mentalidades	
LA MENTALIDAD DE JESÚS, ORIGEN DE LAS SANTAS TENDENCIAS	50



Archivo Revista

16 Mi oración repercute en el pasado y en el futuro...



Reproducción

20 ¿Dios atiende siempre mis oraciones?



Antiquary (CC by 4.0)

36 Un famoso desconocido: San Timoteo



Archivo Revista

50 De la fidelidad a Jesús hacia la verdadera civilización



✠ P. Ricardo José Basso, EP

¿Los ángeles y los santos conocen nuestros pensamientos?

Jurandir Otoniel Torres – Ipameri (Brasil)

A esta excelente pregunta, le podríamos añadir otras relacionadas. Cuando rezamos en el interior de nuestra alma, sin pronunciar palabra alguna, ¿los ángeles y los santos realmente tienen conocimiento de nuestras oraciones? ¿Nuestro ángel de la guarda sabe lo que pensamos en todo momento?

La respuesta es sencilla, y la da Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*. I, q. 57, a. 4): por naturaleza, sólo Dios tiene acceso directo al interior de nuestra alma y, por tanto, solo Él conoce nuestros pensamientos; pero por nuestras reacciones exteriores, los ángeles, los santos e incluso los demonios pueden intuir lo que estamos pensando y actuar en función de ello.

Sin embargo, apoyado en la autoridad de San Gregorio Magno, afirma el Doctor Angélico (cf. *Suma Teológica*. I,

q. 89, a. 8) que los santos y los ángeles buenos conocen en Dios todo lo que ocurre en la tierra, en particular lo que les sucede a los hombres, e intervienen en los acontecimientos siempre que exista un designio especial del Altísimo al respecto.

En resumen: los ángeles y los santos sí conocen nuestros pensamientos, por un singular don de Dios, no por naturaleza; los demonios sólo pueden tener acceso a nuestro interior indirectamente, analizando nuestros movimientos exteriores.

Recémosle, pues, con confianza a los santos ángeles y a nuestros hermanos de la Iglesia triunfante, porque velan por nosotros con especial cuidado. Sobre todo nos conoce y nos asiste la Santísima Virgen, Reina de los ángeles y de los santos, nuestra Madre.

¿Por qué los heraldos construyen iglesias tan vistosas, cargadas de detalles, pinturas, etc., en nuestra época de estilo más sencillo, minimalista? Me encantan, pero me gustaría saber el motivo.

Marieta Cristina de Alencar – São Paulo (Brasil)

Para responder adecuadamente a esta pregunta tan profunda, tendríamos que escribir un voluminoso libro. Por lo tanto, daremos una respuesta sumaria.

Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, el inspirador de todas nuestras iglesias, siempre tuvo muy presente el mandato de Nuestro Señor Jesucristo: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48); y «Hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo» (Mt 6, 10).

Así que surge la pregunta: si debemos tener al Padre como modelo, ¿cuál fue el «estilo» utilizado por Dios en la creación? En absoluto fue minimalista... Todo lo contrario, al crear el universo con formas y colores magníficos, nos dejó un patrón de cómo deben ser las obras del hombre, imitando las de su Creador.

La historia nos muestra cómo el santo rey David y su hijo Salomón se basaron en ese patrón para construir el Templo de Jerusalén.

Poco antes de partir hacia la eternidad, David le entregó a Salomón nada menos que «cien mil talentos de oro y un

millón de talentos de plata» (1 Crón 22, 14). Cada talento hebreo equivalía a algo más de 34 kg. A esto Salomón añadió no poca cantidad de piedras preciosas.

Supervisados por 3.300 capataces, trabajaban en esa portentosa obra un ejército de 180.000 operarios: 30.000 en la construcción propiamente dicha, 80.000 picando piedras en la montaña y 70.000 transportándolas (cf. 1 Re 5, 27-30).

Esa fabulosa fortuna fue gastada para construir un templo digno de albergar el arca de la alianza. Ahora bien, nuestras iglesias acogen algo infinitamente más precioso: el Santísimo Sacramento.

Por supuesto, habría mil y un matices que exponer acerca del equilibrio y de la belleza de la sencillez, pues Dios —que hizo todas sus obras con sabiduría (cf. Sal 103, 24)— puso sublimes fulgores también en pequeños seres como, por ejemplo, un cisne o un colibrí.

Pero ahí está la respuesta: al elegir su «estilo» de construcción, nuestro fundador tomó como modelo al propio Dios, que todo lo hizo con esplendor.



LA SOLUCIÓN A LA CRISIS VIENE DE LO ALTO



Es imposible cerrar los ojos a la creciente crisis que asola el mundo. En todas partes nos enfrentamos a crisis económicas, sociales, políticas, militares... No obstante, como demuestra el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira en su obra *Revolución y Contra-Revolución*, la mayor de todas las crisis contemporáneas es la del hombre.

Al contrario de lo que pueda parecer, el problema no es reciente. Más bien, existe desde la primigenia transgresión de Adán y Eva. Bajo la pretensión de ser «como dioses» (Gén 3, 5), se desviaron del Creador al oír a la serpiente y probar el fruto prohibido, la raíz del pecado original y, en consecuencia, de todos los pecados.

A partir de entonces, la humanidad ha atravesado diversas crisis, como narran las Escrituras. Entre ellas, mencionemos únicamente el fracaso de la torre de Babel, que dispersó a sus habitantes y confundió el lenguaje de los hombres. Ese edificio simbolizaba la soberbia humana de querer alcanzar el cielo sin el auxilio divino.

El advenimiento del Mesías debía ser la solución a todas las crisis. Sin embargo, el Redentor no vendría a satisfacer los anhelos nacionalistas de los fariseos, es decir, a hacer de ellos «dioses» y a erguirlos como una «torre» sobre los gentiles. Por el contrario, el Ungido se encarnaría ante todo para rescatar a la humanidad de aquel abismo original. De hecho, se vaciaría de sí mismo para ser «traspasado por nuestras rebeliones» (Is 53, 5) y sanar así nuestras enfermedades.

Su preciosísima sangre habría bastado para la Redención, pero el Salvador quiso la colaboración humana, conforme lo anunció San Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24). Ahora bien, ese «completar» se da sobre todo mediante actos de vida interior: la expiación, la meditación y, en particular, la oración, esto es, la *elevación* del alma a Dios.

En este sentido, si Adán y Eva hubieran recurrido a Dios durante la tentación, no habrían pecado. Lo mismo podría decirse de los constructores de la impía Babel, de los fariseos y del propio Judas, llamado a ser una columna de la primitiva Iglesia.

Con el paso de los siglos, las diversas revoluciones agravaron la catástrofe original debido al progresivo distanciamiento del Creador. Se sucedieron movimientos de creciente secularismo, laicismo, anticlericalismo, ateísmo, etc., que evocaban la solución de toda crisis en el propio hombre o en las actividades meramente terrenas.

Como nos enseñan los ejemplos del pasado, la solución a la crisis hodierna no está en buscar «frutos» en los placeres, como propugnan los hedonistas. Tampoco, en cambiar el lenguaje, a la manera babélica, con el objetivo de contentar a todos y lograr así una paz aparente. Mucho menos, en confiar en una «bolsa de valores», como pretendía Judas cuando traicionó al Salvador —y a su propia vocación— por treinta monedas.

Aún hoy, el demonio sigue reinventándose, prometiendo falsas soluciones o métodos fáciles para superar la crisis de la humanidad —por ejemplo, a través de una supuesta «autoayuda». En realidad, los mortales necesitan la ayuda que viene de lo *alto*, es decir, del Altísimo. Sólo así podrán superar la crisis de esa imagen de Dios que es el hombre. En suma, únicamente habrá solución cuando elevemos nuestras oraciones al Señor y Él incline su «cielo» y descienda sobre nosotros (cf. Sal 143, 5). ✚



*Canto de vísperas
en la basílica de
Nuestra Señora del
Rosario, Caieiras
(Brasil), en 2014*

Foto: Leandro Souza

Nuevas ideas, mismos ideales

Presentamos a nuestros lectores la revista «Heraldos del Evangelio» renovada en su apariencia, estructura y secciones, pero inalterada —como lo siempre será— en cuanto a las metas que llevaron a nuestro fundador, Mons. João, a crearla.

Primero de noviembre de 2024. Nuestro fundador, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, partía hacia la eternidad. Puede imaginarse el aluvión de emociones que invadieron el alma de sus hijos espirituales. La mirada de aquel que nos guió con determinación durante largos años y que, incluso después de su renuncia al gobierno ejecutivo de los heraldos, continuó ejerciendo su paternidad sobre cada uno, nos dejaba para siempre. La presencia física sería sustituida por una relación sobrenatural que, aunque más eficiente, exige a cada uno de nosotros la práctica de la virtud de la fe.

También para esta revista el fallecimiento de Mons. João ha supuesto un cambio sustancial. Uno de los principales contenidos de nuestras páginas, desde la primera edición, han sido los inolvidables comentarios al Evangelio escritos por él. Sin olvidar, por supues-

to, sus directrices y consejos, que marcaron el rumbo seguido en este trabajo hasta la fecha.

Ante esta insustituible ausencia, nos pareció que había llegado el momento de una discreta pero profunda renovación de la revista que, conservando inalterados la esencia y los ideales que han guiado nuestro apostolado durante veintitrés años, hará aún más útil y accesible sus materias para los numerosos lectores que nos siguen mensualmente desde los más diversos rincones de la tierra.

Desafío en un mundo cada vez más conectado

El bombardeo de información al que estamos sometidos constantemente, con la omnipresencia de las redes sociales en nuestras vidas, exige escritos más dinámicos y actuales..., todo un reto para una revista mensual.

Naturalmente, las materias de la revista *Heraldos del Evangelio* no están sujetas a esta mutabilidad forzada por la velocidad de internet y la multiplicación de las pantallas. Sin embargo, aumentar la variedad y cantidad de su contenido, a menudo con artículos más breves que, cada mes, giren en torno a un eje temático relacionado con el tiempo litúrgico o con algún interés actual de la Iglesia, puede ser una forma de hacer que estas páginas sean más provechosas para nuestros lectores.

Secciones inéditas o reformuladas, para una revista más rica y dinámica

Empecemos precisamente por los comentarios al Evangelio, que ya no podrán contar con la ágil e inspirada pluma de Mons. João. A partir de ahora, en la sección «La liturgia dominical» se presentarán reseñas cortas





—de una página solamente—, pero más numerosas, que abarcarán las lecturas de todos los domingos y días de precepto del mes en curso, escritas por distintos sacerdotes heraldos. Cuando fuere oportuno, en un recuadro llamado «Ejemplos que arrastran», algunos de estos comentarios se ilustrarán con hechos que plasmen en modelos vivos las enseñanzas evangélicas.

Y para que la presencia del fundador no falte, una nueva sección titulada «Tesoros de Mons. João» traerá en cada edición alguna maravilla del enorme legado de homilías, conferencias y escritos que dejó a sus hijos espirituales. Estas páginas completarán las ya existentes hace algunos años con materias del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, en la sección ahora denominada «Un profeta para nuestros días», y sobre su bondadosa madre, Dña. Lucilia.

También «La voz de los Papas» sufrirá una reformulación: ya no estará circunscrita al texto de un único pontífice, sino que nos ofrecerá una coherente visión de conjunto acerca de un mismo tema, abarcando para ello el magisterio papal de varios siglos.

En cada número se harán diversos vuelos de águila sobre la doctrina católica en breves reseñas, sea del *Catecismo de la Iglesia Católica*, en la sección «¿Qué dice el catecismo?», sea del luminoso patrimonio del Doctor Angélico, en la columna «Santo Tomás enseña».

A petición de nuestros lectores, el asunto más relevante de cada número,

recogido en la sección «Tema del mes», será acrecentado frecuentemente con un artículo sobre la historia de la Iglesia y la civilización cristiana que arroje luz sobre nuestros días, en el espacio llamado «Historia, maestra de la vida», y complementado con la antigua sección de píldoras de cultura católica «¿Sabías...», la cual hizo las delicias de los lectores más curiosos.

Secciones obsoletas dan paso a nuevas ideas

Pareció oportuno que «Los santos de cada día» y las noticias de la sección «Sucedió en la Iglesia y en el mundo», que nos acompañan desde los primeros días de la revista, dieran paso a otros tópicos, considerando el fácil acceso que hoy tenemos a dicha información en un mundo hiperconectado.

A su vez, la sección «Escriben los lectores», que surgió en una época en la que el uso del correo electrónico aún no estaba tan extendido, ha sido sustituida por «Preguntan los lectores», que permitirá a todos mantener un contacto directo con el P. Ricardo José Basso, EP, para plantearle temas doctrinarios, morales o relacionados con los heraldos.

Finalmente, las últimas páginas internas, que siempre han estado dedicadas a la contemplación de algún esplendor de la creación o del arte católico, recibirán un nuevo enfoque. Manteniendo el objetivo de suscitar la admiración por las

maravillas que eleven nuestras almas hacia Dios, buscarán también formar criterios, desde una óptica combativa de contraste entre el bien y el mal, la verdad y el error, la belleza y la fealdad, que nos auxilien a configurar eficazmente nuestro modo de pensar católico en la vida cotidiana. De ahí su nombre: «Tendencias y mentalidades».

Presentación rediseñada para una lectura más agradable

Acompañando estos cambios, la maquetación de la revista ha sufrido una renovación cuidadosamente estudiada, con el propósito de crear una agradable identidad visual con su edición digital, cada vez más dotada de penetración en el mundo virtual, además de una presentación más amena y variada en colores y estructura para los cientos de miles de lectores de la edición impresa. Además de los caracteres comunes a todas, cada sección tendrá su distintivo propio, lo que facilitará su identificación al recorrer sus páginas.

Esperamos, con la ayuda de la Santísima Virgen, que los cambios realizados estrechen aún más los fuertes lazos que nos unen a nuestros fieles lectores y hagan cada vez más de esta publicación mensual un instrumento para, por su intercesión, acercarlos a Jesucristo y a su santa Iglesia. ✠





¿A quién nos dirigimos cuando rezamos?

Nuestro Dios es el Dios personal, trascendente, omnipotente, infinitamente perfecto, único en la trinidad de las personas y trino en la unidad de la esencia divina, Creador del universo, Señor, Rey y último fin de la historia del mundo, el cual no admite, ni puede admitir, otras divinidades junto a sí.

EDUCAR EN LA ORACIÓN SEGÚN LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA

El deseo de aprender a rezar de modo auténtico y profundo está vivo en muchos cristianos de nuestro tiempo, a pesar de las no pocas dificultades que la cultura moderna pone a las conocidas exigencias de silencio, recogimiento y oración. [...] Sin embargo, frente a este fenómeno, también se siente en muchos sitios la necesidad de unos criterios seguros de carácter doctrinal y pastoral, que permitan educar en la oración, en cualquiera de sus manifestaciones, permaneciendo en la luz de la verdad, revelada en Jesús, que nos llega a través de la genuina tradición de la Iglesia. [...]

El contacto siempre más frecuente con otras religiones y con sus diferentes estilos y métodos de oración han llevado a que muchos fieles, en los últimos decenios, se interroguen sobre el valor que pueden tener para los cristianos formas de meditación no cristianas. [...]

Para iniciar esta consideración se debe formular, en primer lugar, una premisa imprescindible: la oración cristiana está siempre determinada por la estructura de la fe cristiana, en la que resplandece la verdad misma de Dios y de la criatura. [...] El cristiano, también cuando está solo y ora

en secreto, tiene la convicción de rezar siempre en unión con Cristo, en el Espíritu Santo, junto con todos los santos para el bien de la Iglesia.

Fragmentos de:

SAN JUAN PABLO II.

«*Orationis formas*», carta publicada por la Congregación para la Doctrina de la Fe, 15/10/1989.

LA ORACIÓN ES UNA RELACIÓN PERSONAL CON EL DIOS VIVO Y VERDADERO

El hombre lleva en sí mismo una sed de infinito, una nostalgia de eternidad, una búsqueda de belleza, un deseo de amor, una necesidad de luz y de verdad, que lo impulsan hacia el Absoluto; el hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios. Y el hombre sabe, de algún modo, que puede dirigirse a Dios, que puede rezarle. Santo Tomás de Aquino, uno de los más grandes teólogos de la historia, define la oración como «expresión del deseo que el hombre tiene de Dios». Esta atracción hacia Dios, que Dios mismo ha puesto en el hombre, es el alma de la oración [...].

Sin embargo, la búsqueda del hombre sólo encuentra su plena realización en el Dios que se revela. La oración, que es apertura y elevación del co-

razón a Dios, se convierte así en una relación personal con Él. Y aunque el hombre se olvide de su Creador, el Dios vivo y verdadero no deja de tomar la iniciativa llamando al hombre al misterioso encuentro de la oración.

Fragmentos de: BENEDICTO XVI.

Audiencia general, 11/5/2011.

NECESIDAD DE UNIR LA VERDADERA Y DIGNA NOCIÓN DE DIOS A SU NOMBRE

No puede tenerse por creyente en Dios el que emplea el nombre de Dios retóricamente, sino sólo el que une a esta venerada palabra una verdadera y digna noción de Dios. Quien, con una confusión panteísta, identifica a Dios con el universo, materializando a Dios en el mundo o deificando al mundo en Dios, no pertenece a los verdaderos fieles.

Ni tampoco lo es quien [...] pone en lugar del Dios personal el hado sombrío e impersonal, negando la sabiduría divina y su providencia, «la cual se extiende poderosa del uno al otro extremo» (Sab 8, 1) y lo dirige a buen fin. Ese hombre no puede pretender que sea contado entre los verdaderos fieles.

Fragmentos de: PÍO XI.

Mit Brennender Sorge, 14/3/1937.



NO EMPLEAR EL NOMBRE TRES VECES SANTO DE DIOS COMO UNA ETIQUETA VACÍA DE SENTIDO

Vigilad, venerables hermanos, con cuidado contra el abuso creciente, que se manifiesta en palabras y por escrito, de emplear el nombre tres veces santo de Dios como una etiqueta vacía de sentido para un producto más o menos arbitrario de una especulación o aspiración humana; y procurad que tal aberración halle entre vuestros fieles la vigilante repulsa que merece.

Nuestro Dios es el Dios personal, trascendente, omnipotente, infinitamente perfecto, único en la trinidad de las personas y trino en la unidad de la esencia divina, Creador del universo, Señor, Rey y último fin de la historia del mundo, el cual no admite, ni puede admitir, otras divinidades junto a sí.

Fragmentos de: PÍO XI.
Mit Brennender Sorge,
14/3/1937.

A NADIE LE ES LÍCITO DECIR: CREO EN DIOS, Y ESTO ES SUFICIENTE PARA MI RELIGIÓN

La fe en Dios no se mantendrá por mucho tiempo pura e incontaminada si no se apoya en la fe en Jesucristo. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Lc 10, 22). [...] A nadie, por lo tanto, le es lícito decir: Yo creo en Dios, y esto es suficiente para mi religión.

La palabra del Salvador no deja lugar a tales escapatorias: «El que niega al Hijo tampoco tiene al Padre; el que confiesa al Hijo tiene también al Padre» (1 Jn 2, 23).

Fragmentos de: PÍO XI.
Mit Brennender Sorge, 14/3/1937.

SÓLO EN CRISTO PODEMOS DIALOGAR CON DIOS COMO HIJOS

Debemos recordar ante todo que la oración es la relación viva de los hijos



Stephen Nami

Adoración al Santísimo Sacramento -
Basílica Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

La oración es la relación de los hijos con su Padre, y sólo en Cristo podemos dialogar con Dios como hijos y decir como dijo Él: «Abbá»

de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo. [...] Sólo en Cristo, en efecto, podemos dialogar con Dios Padre como hijos, de lo contrario no es posible, pero en comunión con el Hijo podemos incluso decir nosotros como dijo Él: «Abbá».

En comunión con Cristo podemos conocer a Dios como verdadero Padre (cf. Mt 11, 27). Por esto, la oración cristiana consiste en mirar constantemente y de manera siempre nueva a Cristo, hablar con Él, estar en silencio con Él, escucharlo, obrar y sufrir con Él. [...] No olvidemos que a Cristo lo descubrimos, lo conocemos como persona viva, en la Iglesia.

Fragmentos de:
BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 3/10/2012.

POR LA ORACIÓN, ABRIMOS VENTANAS HACIA EL CIELO

Los cristianos hoy están llamados a ser testigos de oración, precisamente porque nuestro mundo está a menudo cerrado al horizonte divino y a la esperanza que lleva al encuentro con Dios. En la amistad profunda con Jesús y viviendo en Él y con Él la relación filial con el Padre, a través de nuestra oración fiel y constante, podemos abrir ventanas hacia el Cielo de Dios. [...]

Eduquémonos en una relación intensa con Dios, en una oración que no sea esporádica, sino constante, llena de confianza, capaz de iluminar nuestra vida, como nos enseña Jesús.

Fragmentos de:
BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 30/11/2011.



María tiene algo de Jesús, y Jesús tiene todo de María



✠ P. Alex Barbosa de Brito, EP

*Por voluntad
de Dios,
el divino
Redentor
nunca podría
haber dicho
en la Última
Cena «tomad
y comed, esto
es mi cuerpo»,
si no lo hubiera
recibido de la
Virgen María,
su Madre*

Cuando un embrión se está formando en el claustro materno, se produce un misterioso fenómeno, llamado microquimerismo fetal, mediante el cual algunas células se desprenden del bebé y se instalan en el cuerpo de la madre. Se trata de la presencia de células genéticamente diferentes en un organismo —en este caso, el de la madre— que tiene sus células específicas. Así, el hijo concebido, al ser «carne de su propia carne», desde antes del alumbramiento le retribuye a su madre, y sólo a su madre, este «regalo» que le servirá de protección: las mejores células de su «carne», que ella se llevará consigo en sus órganos, especialmente en el corazón y el cerebro, incluso después del parto. De este modo, algo del hijo pasa a formar parte de la madre y permanece con ella hasta el final de su vida.¹ Quizá de ahí venga tanta unión entre madre e hijo.

Un misterio en la humanidad del Hijo de Dios

¿Y cómo sucedió este misterio durante la gestación del Niño Jesús en el seno virginal de María? Ella es verdaderamente Madre de Jesús, y Jesús es verdadero Dios. Por lo tanto, María es Madre de Dios.

La concepción del Verbo divino y su nacimiento van más allá de un mero fenómeno biológico, ya que es obra del Espíritu Santo y de María (cf. Lc 1, 35), sin concurso de varón: se trata de una sola persona divina con dos naturalezas distintas, la divina y la humana, que no se mezclan.

Sin embargo, habiendo Jesús «nacido de mujer, nacido bajo la ley» (Gál 4, 4), semejante a nosotros en todo menos en el pecado (cf. Heb 4, 15), algunas de sus células se desprendieron de su diminuto cuerpo y se implantaron en el cuerpo de su Madre, como ocurre con todo bebé en desarrollo. Por eso María, incluso físicamente, tiene algo del Hijo de Dios y Él, en su naturaleza humana, tiene todo de María: «Como

fue verdadera la carne de María, así fue verdadera la carne de Cristo que tomó de Ella»,² enseña San Agustín.

De ahí que el mismo Agustín³ afirme que María es la *forma dei* —el molde de Dios—, a lo que San Luis Grignon de Montfort añade que Ella es «el molde propio para formar y moldear “dioses”»⁴, que son los santos, imágenes de su divino Hijo, Jesús.

Caminos propuestos a principios de año

El primer día del año, cuánta superstición, cuántas cosas vanas se ven... No obstante, la Iglesia invoca sobre sus hijos la bendición de Dios, diciendo: «El Señor te bendiga y te proteja» (Núm 6, 24) e «ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor» (Núm 6, 25).

Se nos proponen dos caminos en ese día: el semblante de Dios, para los que tienen fe; o la ausencia y el eclipse de Dios, para los que se dejan llevar por las supersticiones. En esta vida podemos contemplar el rostro del Señor, porque «la tierra ha dado su fruto» (Sal 66, 7), el fruto bendito de la Virgen María (cf. Lc 1, 42), que fue circuncidado al octavo día y recibió un nombre: «Jesús» (Lc 2, 21).

Él es la bendición del Padre, que vino a salvarnos y a elevarnos a la dignidad de hijos (cf. Gál 4, 6). He ahí la gran bendición del Año Nuevo: dejarnos formar por María, forma de Dios, por obra del Espíritu Santo. ✠

¹ Cf. DAWE, Gavin S.; WEI TAN, Xiao; XIAO, Zhi-Cheng. «Cell Migration from Baby to Mother». In: *Cell Adhesion & Migration*. London. Vol. 1. N.º 1 (ene-mar, 2007), pp. 19-27.

² SAN AGUSTÍN. *Sermo* 362, c. 13.

³ SAN AGUSTÍN. *Sermo* 208, apud GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*. 3.ª ed. Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1954, p. 279.

⁴ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 219.



Virgen de la Expectación -
Catedral de Córdoba (España)

¿Dónde encontrar a la estrella de Belén?

✠ P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP



En esta solemnidad de la Epifanía, los santos Reyes Magos fulguran ante nuestros ojos con especial brillo. La piadosa aventura de estos hombres idealistas, valientes y abrasados de fe es una verdadera parábola de la trayectoria de todo bautizado. En efecto, esperaban con ardor algún gran acontecimiento que diera sentido a sus vidas; por lo tanto, estaban lejos de ser personas acomodaticias y mediocres, incapaces de elevar sus miras más allá del horizonte de una existencia banal.

Así, cuando vieron nacer la misteriosa estrella, abandonaron con entusiasmo su patria, su confort y su seguridad, para iniciar un largo y penoso viaje, guiados por ese astro que, con su luz sobrenatural, los orientaba a través de desiertos, valles y montañas hacia una meta maravillosa: Dios mismo hecho hombre, Rey de reyes y Señor de señores, rodeado de los cortesanos más santos, sublimes y prestigiosos de la historia, la Virgen María y San José.

También nosotros estamos llamados a emprender una santa epopeya

Ahora bien, todos los fieles, de un modo u otro, están igualmente llamados a dejar su tierra natal para recorrer un camino arduo y glorioso que los llevará al Cielo. Es necesario vivir en el mismo estado de espíritu de los santos reyes.

No hemos nacido para este mundo y por eso debemos renunciar a cualquier apego que nos ate a él de manera desordenada, predisponiendo nuestro espíritu a emprender la santa epopeya de la fe. La Palabra de Dios será nuestra guía luminosa en la noche de nuestra peregrinación, de suerte que también sobre nosotros el profeta Isaías pueda exclamar: «Las tinieblas cubren la tierra, [...] pero sobre ti amanecerá el Señor» (60, 2).

Sin embargo, cabe considerar que el recorrido de los Reyes Magos implicaba pruebas. Y la mayor de ellas fue, sin duda, su paso por Jerusalén. Allí, contrariamente a lo que esperaban, no hallaron al Salvador del mundo, sino al impostor Herodes

circundado de una élite corrupta, que se convertiría, con el transcurso de los años, en la más férrea opositora del Mesías. En este contexto, la estrella desapareció, la densa noche de la decepción y del aparente desmentido los envolvió.

La prueba de los católicos hoy

El católico de nuestros días también pasa por circunstancias terribles, en las que la luz que parecía fulgurar de manera indefectible se eclipsa. A veces lo asaltan las tentaciones o la aridez interior. Pero el mayor de los dolores consiste en darse cuenta con perplejidad de que se está deformando el rostro visible de la Nueva Jerusalén, la Santa Iglesia, nuestra madre casi adorada.

Sí, ver a la esposa de Cristo desfigurada por los pecados de hijos indignos, hasta el punto de parecer que reniega burlescamente de los ideales de santidad trazados por su amabilísimo Esposo, rompe el corazón. No obstante, incluso en esas condiciones, los fieles pueden distinguir, por el secreto instinto concedido por el Espíritu Santo, la verdad que aún resuena, así como los magos supieron discernir en los labios de los escribas que en Belén la promesa se cumpliría.

Superada la prueba, los reyes siguieron su camino, la estrella volvió a brillar, la esperanza se renovó y llegaron a la Ciudad de David. Allí adoraron al recién nacido, percibiendo en aquel pequeño, con los ojos de la fe, al Dios inmenso y majestuoso. También nosotros, guiados por la estrella reluciente del Evangelio y habiendo luchado hasta el final, llegaremos al Cielo, donde recibiremos un premio inconmensurable: la celestial compañía de Jesús, María y José, en la visión eterna de Dios. ✠

El desapego de los Reyes Magos es para los católicos de nuestro tiempo, tan necesitados de una estrella que brille para indicarles el camino, un ejemplo a seguir incluso en las mayores pruebas

El viaje de los Reyes Magos, de August von Wörndle - Museo de Historia del Arte, Viena



Reproducción

Por el bautismo, damos frutos divinos



✠ P. Aumir Antonio Scomparin, EP

*En el
bautismo
recibimos
un nombre
nuevo, somos
cristianos;
pero no
siempre
seguimos los
pasos de Jesús,
haciendo
coincidir
nuestra
historia
con la
suya...*

Cuando se hace un injerto —de naranja en un limonero, por ejemplo— se produce una herida en el limonero, se le insiere un pequeño tejido del naranjo en ese sitio y luego se protege la herida para cicatrizarla o evitar plagas y enfermedades en la incisión. Tras la injerta, el limonero está listo para dar un nuevo fruto: la naranja.

El «injerto» de la gracia de Dios

He ahí una hermosa imagen de los efectos producidos en el bautismo, por medio del agua y el Espíritu Santo. La criatura, herida por el pecado, recibe el «injerto» de la gracia de Dios para que dé frutos divinos. Verdaderamente, un cristiano está llamado a ser otro Cristo.

En el cántico de Isaías, el Señor afirma: «Yo te formé» (42, 6), haciendo clara alusión a una nueva creación que tendría lugar con la Redención, en la que los cautivos serían liberados de la prisión (cf. Is 42, 7) del pecado y de la muerte. El salmo de la liturgia de hoy, a su vez, nos recuerda que esta nueva creación es una invitación hecha por Dios —a través de la «voz del Señor sobre las aguas» (28, 3), figura

del bautismo— que domina los diluvios de la justicia y abre los Cielos por el diluvio de la misericordia y del perdón, con la venida del Mesías esperado.

La historia de Jesús y nuestra historia

San Lucas, al comienzo del relato del nacimiento de Jesús, subraya que eran los días de César Augusto (cf. Lc 2, 1) y que el bautismo realizado por Juan sucedió en el año decimoquinto del imperio de Tiberio, cuando Pilato era gobernador de Judea, Herodes, Felipe y Lisanio eran tetrarcas, y Anás y Caifás eran sumos sacerdotes (cf. Lc 3, 1-2). Era necesario registrar el momento en que Dios entró en la historia de los hombres con su encarnación y nacimiento, para que ellos pudieran entrar en la historia de Dios con el bautismo.

En efecto, a través del bautismo recibimos un «injerto divino», que cura la herida del pecado original. En ese día los cielos se abren para nosotros, tal y como se abrieron con ocasión del bautismo de Jesús; el Espíritu Santo, que descendió sobre Él en forma de paloma, desciende también sobre nosotros; y la voz del Padre, que se hizo oír reconociendo a Jesús como Hijo, puede reconocernos igualmente a nosotros como hijos e hijas amados de Dios (cf. Lc 3, 21-22).

Pero ¡atentos! San Pedro, resumiendo lo sucedido después del bautismo predicado por Juan, dice que Jesús «pasó haciendo el bien» (Hch 10, 38). Y nosotros, después de nuestro bautismo, ¿procuramos asemejar nuestra biografía a la suya? Hemos recibido un nuevo nombre, ¿somos cristianos! Sin embargo, ¿por dónde pasamos y qué hacemos? Hemos recibido el injerto divino y ¿qué frutos hemos dado?

La solución para ser otro Cristo está en juntar las manos y decir: «Dios te salve Reina, Madre de Misericordia». Y María Santísima nos alcanzará la gracia del arrepentimiento, si nos hemos extraviado, y nos conducirá por el camino de vuelta a su Hijo Jesús. ✠



João Paulo Rodrigues



Una profecía cargada de esperanza

✚ P. Dartagnan Alves de Oliveira Souza, EP



El episodio de las bodas de Caná pone de relieve el poder intercesor de Nuestra Señora, Madre de misericordia capaz de socorrer con su infalible súplica a unos esposos atribulados, carentes de un elemento indispensable para un banquete nupcial: el vino.

La Santísima Virgen aparece en este pasaje admirablemente asociada a la obra de la Redención. En efecto, al realizar su primer gran signo, Jesús manifestó su gloria y «sus discípulos creyeron en Él» (Jn 2, 11), pero todo se hizo gracias a la mediación de María.

Simbolismo del vino conseguido por mediación de María

El hecho narrado es a un mismo tiempo real y simbólico. La falta de vino significa la escasez de fe, que en la época mesiánica se reducía a una llama mortecina. Sin embargo, el Señor vino al mundo para dar nuevo vigor a la mecha humeante, cumpliendo así la profecía de Isaías recogida en la primera lectura (cf. Is 62, 1-5). No descansaría hasta que el fulgor de la fe resurgiera entre los elegidos como un lucero.

Por eso, al transformar el agua de la purificación en el mejor vino de la historia, Jesús anunciaba que haría de los corazones contritos y humillados un pueblo justo y santo, el cual formaría la Santa Iglesia Católica. Pero este prodigio se obraría por intercesión de aquella que en el Apocalipsis aparece vestida del sol (cf. Ap 12, 1), simbolizando la gloria regia e insuperable que le corresponde como Reina del Cielo, así como el esplendor de su certeza de la Resurrección, manifestada al pie de la cruz.

Ella, inundada de fe, debía ser quien intercediera por los incrédulos. ¡Y con qué éxito! El vino que

faltaba resultó ser tan abundante y de tal calidad que pudo deleitar el paladar de una muchedumbre de bienaventurados, tan bien descrita en el Apocalipsis (cf. Ap 7, 9). Por consiguiente, Nuestra Señora aparece en este Evangelio como la Madre de esa llama que Jesús vino a avivar: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!» (Lc 12, 49).



El milagro de las bodas de Caná
- Galería Nacional de Stuttgart
(Alemania)

También en nuestros días María puede intervenir

En nuestra época, la humanidad se encuentra asolada por una crisis sin precedentes: la religión está más descuidada, abandonada y perseguida que nunca. Urge una intervención decisiva de la Santísima Virgen, a quien Jesús no le puede rechazar nada.

Como en Caná de Galilea, el milagro será hecho con el agua destinada a la purificación, es decir, los corazones de los que temen a Dios y esperan su salvación. Procuremos contarnos entre esos elegidos que, en medio

de la estampida hacia el abismo, permanecen fieles en la certeza de la victoria y, aunque son conscientes de sus limitaciones y carencias, confían en la misericordia de Dios, capaz de cambiarlos por completo.

Serán objeto de la compasiva bondad de María, que suplicará por ellos ante su divino Hijo; entonces se producirá en ellos el milagro de la transformación más impresionante de la historia. En este sentido, Caná se convierte no sólo en un milagro altamente simbólico, sino en una profecía que anuncia un futuro cargado de esperanza. En los verdaderos devotos de Nuestra Señora, la Trinidad encontrará su complacencia, y en ellos se cumplirá el vaticinio de Isaías: «Como se regocija el marido con su esposa, se regocija tu Dios contigo» (Is 62, 5). ✚

La intervención de María en Caná de Galilea puede ser contemplada como una profecía de su poder intercesor en favor de quienes claman por una transformación de la faz de la tierra

«La ley del Señor es perfecta»... e inmutable



✠ P. Leandro César Ribeiro, EP

La Iglesia es un Cuerpo Místico, del cual Cristo es la cabeza y nosotros, los miembros. Si formamos un solo cuerpo con Él, su Evangelio debe ser también el nuestro. De lo contrario, no estaremos honrando el hecho de ser sus miembros

Algunos teólogos y filósofos no católicos —e incluso algunos de los que se dicen católicos— afirman que Dios podría haber concebido los diez mandamientos prohibiendo lo que manda y mandando lo que prohíbe.

Por ejemplo, en lugar de decir «No matarás», podría haber ordenado «Matarás», o «Mentirás», u «Odiarás a tu padre y a tu madre». Podría establecer mandamientos contrarios a los que existen, y todo saldría bien. Al fin y al cabo, Dios es omnipotente.

Abierta así la puerta a todo relativismo, para quien alberga tales pensamientos quizá haya llegado el momento de adaptarse a los nuevos tiempos: ¡modernización es la consigna!

La ley de Dios es conforme a la ley natural

Nada más monstruoso, ya que «la ley del Señor es perfecta y es descanso del alma» (Sal 18, 8). De tal modo los mandamientos son tan acordes con el orden natural que los hombres podrían haberlos conocido a la luz de la razón, porque «la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos» (Sal 18,9). Por otra parte, el sentido común nos lleva a concluir que ninguna civilización se sustentaría si los hombres establecieran como norma matar, robar, mentir, pecar contra la castidad, etc.



Andreas F. Borchert (CC-by-sa 3.0)

La Transfiguración en el monte Tabor -
Catedral de San Muiredach, Ballina (Irlanda)

Sin embargo, ¿hasta qué punto, en la actualidad, estamos lejos de esto?

Isaías parece profetizar nuestros días cuando dice: «¡Ay de los que llaman bien al mal y mal al bien, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!» (Is 5, 20).

Y Nehemías, en el período posterior al exilio —cuando el pueblo de Israel había perdido su libertad y su propia tierra—, narra el momento en el que Esdras presenta la ley ante la asamblea y señala el nacimiento del judaísmo, mostrando que el cumplimiento de la voluntad de Dios es lo que trae la libertad (cf. Neh 8, 2-10).

Somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo

San Pablo, a su vez, afirma que la Iglesia es un verdadero cuerpo, con todas las características del cuerpo humano, pero un Cuerpo Místico, del que Cristo es la cabeza y nosotros somos los miembros (cf. 1 Cor 12, 12). Ahora bien, el cuerpo humano está altamente organizado y funciona por la acción conjunta de células, tejidos, órganos y sistemas, que están dispuestos jerárquicamente, bajo el mando y guía de la cabeza. Y así como el desorden en el cuerpo físico se llama enfermedad, el desorden en el Cuerpo Místico se denomina desobediencia o pecado.

El Evangelio de este domingo, San Lucas lo dedica a Teófilo (cf. Lc 1, 3) —nombre que significa *amigo de Dios*—, como si quisiera decir que todos los que acogen la Buena Noticia son amigos de Dios. Por último, narra el momento en que Jesús lee el libro del profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret. Tras su lectura, el Salvador lo cierra, se sienta y pronuncia el sermón más corto de la historia: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc, 4, 21).

Pidámosle a la Santísima Virgen que se cumpla también hoy, en nuestras vidas, el Evangelio de Jesús. De lo contrario, no haremos honor al nombre de cristianos ni el hecho de ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo. ✠

EL PREMIO DE LA ADMIRACIÓN

¿Quiénes eran? Misteriosas figuras que salen de las tinieblas de un paganismo secular. Magos venidos del lejano Oriente, en busca del Rey de los judíos que acababa de nacer (cf. Mt 2, 2). Su insólita caravana puso en alerta a la adormecida Jerusalén: habitantes atónitos, fariseos sobresaltados, un monarca nervioso e inquieto.

Ese encuentro entre reyes fue también el encuentro de dos posturas de alma: envidia y admiración. La inocencia admirativa de los Reyes Magos buscaba a un rey recién nacido para adorarlo; la envidia homicida de Herodes buscaba un competidor para destruirlo. ¡Qué abismo entre estas dos mentalidades!

Pero ni el desinterés de los hierosolimitanos, ni la antipatía de los fariseos, ni el cinismo del rey infanticida pudieron sacudir la fe de esos hombres decididos. Confiados, prosiguieron su camino bajo la luz exterior de la estrella milagrosa y el resplandor interior de su admiración.

Buena voluntad y sencillez infantil; orden, alegría y piadoso entusiasmo en las cosas más pequeñas; ojos siempre fijos en la estrella; corazones llenos de bondad, fuego y amor;¹ así describe la mística alemana Beata Ana Catalina Emmerick las virtudes de aquellos reyes. De hecho, es difícil imaginarlos de otro modo...

Cuando llegaron al sitio indicado por la estrella, no vieron un palacio, ni una corte, ni un rey-niño acostado en una cuna de oro. En lugar de eso, se encontraron con la pobre morada de una cándida pareja y un recién nacido envuelto en modestos pañales.

Esos reyes venían de muy lejos, habían llegado allí a un precio muy alto... Entonces, ¿todo ha sido un terrible error? Santo Tomás responde: «Como comenta el Crisóstomo: “Si los Magos hubieran venido en busca de un rey terrenal, hubieran quedado confusos por haber acometido sin causa el trabajo de un camino tan largo. [...] Pero, como buscaban a un rey celestial, aunque no vieron en Él nada de la majestad real, le adoraron, no obstante, satisfechos”. [...] Ven a un hombre, pero reconocen a Dios en Él».²

Una vez más observamos en estos varones el distintivo de las almas admirativas: la capacidad de discernir el valor real de las cosas y su significado más profundo. Si hubieran sido pragmáticos o superficiales, habrían despreciado al Rey del universo en su aparente pobreza. Si hubieran sido envidiosos como Herodes, habrían intentado destruirlo.

La Beata Ana Catalina Emmerick nos ofrece, además, esta piadosa descripción del ansiado encuentro de los Reyes Magos con el Divino Infante: «Estaban como completamente hechizados. Encomendaron al Niño Jesús, con una oración infantil y embargada de amor, a los suyos, a su país y su gente, su hacienda y sus bienes y todo lo que para ellos tenía valor en la tierra; que el rey recién nacido quisiera aceptar sus corazones, sus almas y todos sus pensamientos y obras; que los iluminara y les enviara todas las virtudes [...]. Al decirlo resplandecían de humildad y amor y les rodaban lágrimas de alegría por las mejillas y las barbas».³



«Adoración de los Magos», de Gentile da Fabriano - Galería Uffizi, Florencia (Italia)

Es necesario comprender bien el uso del adjetivo «infantil». No se refiere a los defectos propios de la condición pueril: ingenuidad, inmadurez, inconsecuencia..., sino a la pequeñez de alma que hace al hombre flexible a las inspiraciones de la gracia y le revela horizontes grandiosos, propios de quien sabe admirar a los demás y olvidarse de sí mismo.

En aquella noche de Navidad, si Nuestro Señor ya se hubiera expresado en lenguaje humano, ciertamente habría alabado al Padre eterno en términos similares a los que emplearía años más tarde, en su vida pública: «Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños» (Lc 10, 21). ✚

¹ Cf. BEATA ANA CATALINA EMMERICK. *Viaje de Jesús al país de los Magos*. Madrid: EDAF, 2008, pp. 51-53; 77.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 36, a. 8, ad 4.

³ BEATA ANA CATALINA EMMERICK, op. cit., pp. 78-79.



Actuando en el pasado, presente y futuro...

¿Pueden nuestras oraciones interferir en acontecimientos pasados? Además de su efecto retroactivo, a través de ellas podemos asociarnos a la realización de un plan más elevado, central en la mente de Dios.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Leemos en las Escrituras que Moisés le preguntó a Dios qué debía responder a los israelitas cuando le indagarán cuál era su nombre. Y el Señor le dijo: «Yo soy el que soy» (Éx 3, 14). No se llamó a sí mismo «el que ha sido, el que está siendo y el que aún será», sino «el que soy». Sí, porque Él es eterno, no tuvo principio ni tendrá fin; para Él no existe pasado ni futuro, todo es presente; vive por encima de los hechos y fuera del tiempo.

Para los ángeles, Dios creó el *ævum*, una medida especial del curso de los acontecimientos que difiere del tiempo de los hombres y de la eternidad de Dios.¹ Pero para nosotros, Dios creó el tiempo: nacemos en una fecha determinada, nos desarrollamos y tenemos una historia dentro del *khronos*² para que seamos probados y, luego, participes de la eternidad.

Así, por mucho que lo intentemos, a nuestra mente discursiva, acostumbrada al reloj y al calendario, le resulta difícil fijar la atención en un ser para el que no hay un antes ni un después, sino que, a través de una «pantalla» llamada presente, considera, de una ojeada divina, todo lo que sucedió en el pasado y lo que sucederá en el futuro hasta el fin del mundo y eternidad adentro.

Efecto retroactivo de la oración

Ahora bien, esto nos da aquí en la tierra la extraordinaria ventaja de poder par-

ticipar en actos que tuvieron lugar hace siglos o milenios. *Retroagere*, del latín, significa *retroceder* o *actuar hacia atrás*.

Por ejemplo, rezando hoy por Abel en el instante en que fue asesinado por Caín (cf. Gén 4, 8) contribuiremos al acto de virtud que practicó y participaremos de su santidad. O cuando leemos en la historia de Sansón que él estaba rodeado por todas partes por los filisteos, podremos ayudarlo en esa terrible situación por la que pasó.

¿Cómo es eso posible? Porque Dios lo abarca todo y está viendo, en el presente, a Abel y a Sansón en dificultades, al mismo tiempo que a mí, en el siglo XXI, pidiendo por ambos. Y es posible que mi oración sea fundamental para que le conceda más gracias a Abel y para que éste mantenga en el fondo de su alma disposiciones justas y elevadas, y mayor fuerza a Sansón para que venza a mil filisteos de una sola vez (cf. Jue 15, 14-16).

Interrelación entre los que viven en el tiempo y en la eternidad

Recuerdo una ocasión en que, estando en el hospital, un enfermero me preguntó:

—¿Por qué existe la misa del séptimo día si la persona ya ha muerto? Si ya ha sido juzgada, no hace falta rezar más. No entiendo muy bien por qué la Iglesia ha instituido esas misas. Pues es comprensible rezar por alguien cuando

se está muriendo, pero luego... ¡ya no hay solución!

Le expliqué entonces que, además de las misas que se celebran en sufragio de esa alma, que puede estar en el purgatorio, a fin de aliviar su sufrimiento, existe también el efecto retroactivo de la oración. Podemos rezar por los fallecidos mucho después de su muerte para impedir que el demonio ejerza su acción sobre ellos, y para que reciban una gracia eficaz de conversión en la hora de su agonía o tengan una buena muerte, confiados en la misericordia divina y en la bondad maternal de la Santísima Virgen, para que sus almas salgan de sus cuerpos con tranquilidad, alegría y júbilo y puedan subir al Cielo de la manera más hermosa.

Interceder por los difuntos no sólo les beneficia a ellos, sino también a quienes rezan, porque les confiere méritos. Existe, por tanto, una intensa interrelación entre los que viven en la tierra y los que han cruzado el umbral de la muerte, siempre que los primeros recen por estos últimos. Y Dios, en su infinita sabiduría y diligencia, establecidas en el modelo del amor recíproco, hace que la salvación de unos dependa de la oración de otros.

Participando en la cruzada al rezar una avemaría

Allá por los años 1956 o 1957, cuando aún era un jovencito de 16 años, me quedé tan encantado al enterarme del

poder retroactivo de la oración que decidí aprovecharlo muchas, muchas veces. Por aquella época, estaba leyendo un libro sobre las cruzadas, escrito por Joseph-François Michaud. En un momento dado, se mencionaba un episodio del sitio de Nicea, en el que un infiel de gigantesca estatura, valiéndose de la altura de las murallas, se burlaba de los cristianos que estaban abajo y les arrojaba piedras, matándolos en gran cantidad.

Indignado, dejé de leer y empecé a rezar para que hubiera alguna reparación y que ese hombre recibiera su merecido. La descripción continuaba: de repente, aparece Godofredo de Bouillon, portando una ballesta, acompañado de dos escuderos. Monta la ballesta, pone la flecha y se acerca con sigilo, protegido con los escudos de sus compañeros. Interrumpí la lectura una vez más y recé una avemaría para que tuviera buena puntería y acertara... A continuación, la narración proseguía contando que la flecha salió atinada, atravesó al gigante en el corazón y ¡lo derribó!³

Sentí que estaba participando en la cruzada y haciéndome uno con aquel héroe, de modo que, si está en el Cielo, ciertamente me agradecerá el fruto de esa avemaría.

Un medio de reparar faltas pasadas y obtener gracias sobreabundantes

Sin embargo, al igual que podemos ayudar a los demás por este medio, también es perfectamente posible usarlo en nuestro propio beneficio. Un ejemplo concreto aclarará la explicación.

Imaginemos a alguien que, a los 13 años, se viera en ocasión próxima de pecado y cometiera una infidelidad contra la ley de Dios. Al cabo de un tiempo, recibe una gracia de conversión, se confiesa y su falta queda perdonada. Más tarde, quizá años después, tiene la oportunidad de estudiar toda la belleza de la doctrina católica y aprende algo nuevo: el efecto retroactivo de la oración. Entonces se siente movido a rezarle a la Virgen para que lo asista en aquel momento de su adolescencia, a fin de enmendar el error y no permitir que éste manche su alma hasta el punto de perder la vocación a la que Dios lo ha llamado.

Actuando así, podría retroceder en el tiempo mediante la oración y obtener gracias sobreabundantes, que tal vez la Providencia habría derramado contando esta petición. Y de seguido debería agradecer que le fueran concedidas esas gracias y haberse liberado de la culpa.

María Santísima, participe de la obra de la creación

Ahora bien, las consideraciones a propósito de un tema tan hermoso nos llevan a un plano más elevado: en la mente de Dios, como todo es presente, la organización de las criaturas —a diferencia de lo que sucede en la mente humana, que sigue un hilo cronológico, por el cual consideramos los hechos para sacar de ahí las consecuencias— se hace de forma jerárquica; en función de la más importante de las criaturas Él ordena todo lo demás. Por eso, en su designio creador, por encima de todo están Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre, centro del universo, y Nuestra Señora, como la más excelsa de las meras criaturas salidas de las manos divinas.

Siendo Madre de la creación y Mediadora de todas las gracias —porque es Madre del propio autor de la gracia—, es evidente que Ella, durante el período que vivió en el tiempo, debe de haber participado, también por la oración, en la obra de la creación del universo. Todos los actos de la divina voluntad creadora iban acompañados de las oraciones de la Santísima Virgen. Así pues, cuando creó a los ángeles el primer día, Dios eligió, entre los infinitos posibles,

Para Dios todo es presente: ve a Abel, a Sansón o a Godofredo de Bouillon en dificultad, al mismo tiempo que a mí, en el siglo XXI, rezando por los tres

De izquierda a derecha: Godofredo de Bouillon - Plaza Real, Bruselas; Sansón lucha contra los filisteos - Catedral de los Santos Pedro y Donato, Arezzo (Italia); Muerte de Abel por Caín - Iglesia de San Pedro y San Pablo, Les Mureaux (Francia)



Fotos: Francisco Lecaros



Durante el período que vivió en el tiempo, la Virgen debe de haber participado, por la oración, en la obra de la creación del universo

Monseñor João en 2009, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

específicamente a estos espíritus angelicos, y no a otros, a causa de la oración que María haría en su favor.

Ella tomó parte en todos los acontecimientos que tuvieron lugar antes de su nacimiento, como la gran lucha de los ángeles en el Cielo contra los espíritus malignos (cf. Ap 12, 7). A menudo se ignora que los méritos de la Redención obrada por Nuestro Señor Jesucristo —por tanto, su encarnación, pasión y muerte en la cruz—, así como su oración y cualquier acto sobrenatural, también se retrotraen en el tiempo. Es más: ciertos teólogos y doctores de la Iglesia coinciden en que no se limitan únicamente al género humano, sino que beneficiaron a los ángeles buenos para evitar que los demonios los arrastraran a rebelarse contra Dios. Sin embargo, no dudamos en afirmar que fue por intercesión de la Madre que estas gracias compradas por el Hijo contribuyeron a su perseverancia en la lucha celestial.⁴

Ni siquiera los ángeles malos fueron abandonados a su propia naturaleza, sino que recibieron todo el sustento sobrenatural necesario para ser fieles. No obstante, rechazaron los méritos de la pasión del Señor, que se les aplicó también por intercesión de las oraciones de la Virgen, y por eso se condenaron.

Podríamos multiplicar los ejemplos e incluso pensar en el momento en que la serpiente tentó a Adán y Eva en el paraíso... Ambos cayeron; sin embargo, después de su pecado hicieron penitencia durante novecientos años y permanecieron en la gracia y en la fe. ¿Quién existía en aquel entonces para rezar por ellos? ¡Nadie! Ese don de la penitencia fue conquistado de Dios porque Nuestra Señora rogaba por ellos.

María Santísima, por consiguiente, participa en toda la obra de la creación, en todas y cada una de las acciones promovidas por Dios, en toda la historia de la perseverancia de los buenos. ¡Ella rezó por todos! Y así tenía que ser, ya que Ella es la Madre de Dios.

Repercusión futura de la Redención

Pues bien, si es posible que las gracias compradas por la Redención de Nuestro Señor Jesucristo se retrotraigan en el tiempo, con mayor razón repercuten en el futuro. Y hay un efecto de ellas que aún no se ha visto en la tierra y que debe beneficiar a todo el orden de la creación, porque la naturaleza ha sido subyugada por el pecado y sufre sus consecuencias.

San Pablo, en su Epístola a los Romanos, hace referencia a ello cuando dice que «hasta hoy toda la creación

está gimiendo y sufre dolores de parto» (Rom 8, 22). La tierra gime, gimen los manantiales y los mares, gimen el sol y las estrellas, gimen también todas las almas que ya están separadas de sus cuerpos... Hay como una oración de toda la naturaleza creada a la espera de la liberación, cuando se verifiquen los máximos efectos del sacrificio del Calvario, y ella, rescatada del castigo de la corrupción de la vanidad, pueda participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 20-21). Las flores, los peces, los campos, los bosques, en fin, el universo entero se regocijará en ese día.

Deseamos ardientemente que el Sacratísimo Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia (cf. Jn 1, 16), desborde en el Inmaculado y Sapiencial Corazón de María las riquezas traídas con su encarnación y, por medio de Ella, las derrame con profusión sobre todos los hombres que existen en la faz de la tierra y sobre todo el orden de la creación. Que esta plenitud se produzca en cierto momento de la historia, y sea una gloria celebrada no sólo por los vivos, sino también por los que ya están en la eternidad. Y los que están en el infierno —si es la voluntad de Dios— que sufran más al saber lo que está sucediendo en la tierra, y Adán y Eva se regocijen con todos los santos en el Cielo. ✠

Fragmentos de: *Conferencias* de 9/6/1996, 2/10/2001, 19/9/2004; *Homilias* de 25/12/2006, 3/2/2007, 25/11/2008, 5/12/2008, 22/8/2009.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 10, a. 5.

² Del griego: tiempo.

³ Cf. MICHAUD, Joseph-François. *História das Cruzadas*. São Paulo: Editora das Américas, 1956, t. I, pp. 198-199.

⁴ Cf. SAN BERNARDO DE CLARAVAL. «Sermónes sobre el Cantar de los Cantares». Sermón XXII, n.º 6. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1955, t. II, p. 138.



Ya voy a misa...

¿realmente necesito rezar?

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§ 2655 La misión de Cristo y del Espíritu Santo [...] se continúa en el corazón que ora. Los Padres espirituales comparan a veces el corazón a un altar. La oración interioriza y asimila la liturgia durante y después de la misma. Incluso cuando la oración se vive «en lo secreto» (Mt 6, 6), siempre es oración de la Iglesia, comunión con la Trinidad Santísima.

«**L**a oración es para el hombre el primero de todos los bienes!»,¹ exclamaba Dom Guéranger, abad del monasterio de Solesmes (Francia), en su obra *El año litúrgico*, en la que comenta paso a paso todo el ciclo de la liturgia, es decir, la oración oficial con la que los fieles —sacerdotes o laicos— manifiestan la auténtica naturaleza de la Iglesia, humana y divina, visible e invisible, activa y contemplativa, en el mundo y en camino hacia el Cielo...² En efecto, la realización de los sacramentos «anuncia, actualiza y comunica el misterio de la salvación».³

Sin embargo, la liturgia no agota la obligación de rezar que incumbe a todo bautizado... Dios pide a los fieles una vida de caridad, piedad y apostolado⁴ a fin de cumplir el precepto evangélico: «Es necesario orar siempre, sin desfallecer» (Lc 18, 1). Dicho deber es repetido con insistencia por San Pablo: «Orad en toda ocasión» (Ef 6, 18); «Sed constantes en la oración; que ella os mantenga en vela» (Col 4, 2); «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar» (1 Tim 2, 8). Y decir «en toda ocasión» y «en todo lugar» extiende el espacio y el tiempo de la oración a todos los momentos en los que no estemos participando en un acto religioso.

La oración privada, o piedad particular, desempeña un papel fundamen-

tal en la existencia humana. El mismo Jesús la enseña como una forma de dirigirse al Padre celestial: «Cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará» (Mt 6, 6). Y promete con solemne juramento que será siempre atendida, si se hace a través de Él, Redentor y Mediador: «En verdad, en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará» (Jn 16, 23).

Según San Juan Crisóstomo,⁵ la oración es para el espíritu lo que el alma es para el cuerpo: el principio de vida. Si una persona no reza, su espíritu, falto de flujo vital, se pudre y empieza a exhalar un olor nauseabundo.

La llamada oración particular puede adoptar diversas expresiones, de las cuales el catecismo indica tres: la oración vocal, la meditación y la contemplación.⁶ De entre todas, el rezo del rosario —en voz alta o en silencioso recogimiento— es el recomendado por la Iglesia, tanto para sacerdotes y religiosos⁷ como, con mayor empeño, para los laicos de cualquier edad y condición.

Pero el santo rosario no es sólo una repetición de oraciones. En cada decena se recomienda meditar sobre uno de los misterios de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y nada impide que, una vez enunciado el tema, unos ins-

tantes de contemplación precedan y enriquezcan el rezo de las avemarias.

Así pues, recemos siempre, sin desanimarnos nunca, aun cuando parezca que nuestras oraciones no son atendidas. Dios no falla y acabará concediéndonos algo mucho mejor de lo que imaginábamos que necesitábamos. ✠

¹ GUÉRANGER, OSB, Prosper. *L'Année Liturgique. L'Avent*. 19.^a ed. Paris: H. Oudin, 1911, t. I, p. IX.

² Cf. CONCILIO VATICANO II. *Sacrosanctum concilium*, n.º 2.

³ CCE 2655.

⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 9.

⁵ Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO. *De orando Deum*. L. I.

⁶ Cf. CCE 2699.

⁷ Cf. CIC, can. 246; 663.



La oración privada desempeña un papel fundamental en la existencia humana

Canto del credo - Casa Lumen Prophetæ, Franco da Rocha (Brasil)

La «metodología» de la oración

Reproducción



¿Cómo pedir y ser atendido?

¿Existe un método infalible para rezar bien? La respuesta nos la da el divino Maestro, con sus palabras y ejemplos.

✠ Fabio Henrique Resende Costa



Hay distintas circunstancias en la vida por las cuales inevitablemente pasan todos los hombres —ricos o pobres, cultos o analfabetos, educados o groseros— y que, por tanto, pueden calificarse como universales. Entre ellas se encuentra la inoportuna e imperiosa necesidad de, en algún momento, tener que *pedir* o *dar* algo a alguien.

De hecho, al establecer el orden de la creación jerárquico, entre otras razones, Dios quiso que unos seres dependieran de otros para que ninguno, ni siquiera entre los ángeles, fuera autosuficiente.

Por eso, aunque intentemos evitar la importunidad ajena —como pensarán los circunspectos— o tratemos de sortear las situaciones que se presentan —según el proceder de los más expeditos—, ocurrirá lo inevitable: tarde o temprano nos veremos empujados a recurrir a alguien —y, a menudo, a aquellos con los que menos simpatizamos...— para valernos de su socorro.

No en vano, el divino Maestro ilustró este hecho con lujo de detalles, a pesar de la concisión evangélica: «Suponed que alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche

y le dice: “Amigo, préstame tres panes...”» (Lc 11, 5).

Querido lector, ¿le darías los panes o no?

He ahí la cuestión: ¿habrá en esa imprescindible carencia humana de la *petición* alguna metodología que la haga más eficaz?

«Toma y daca»

En primer lugar, hemos de tener en cuenta que el hombre, por ser complejo, requiere ser estudiado y comprendido —y la psicología lo confirma.

En consecuencia, vivir en *comunidad* implica ciertas exigencias: en el trabajo, compartir espacios, funciones, remuneración; en la familia, saber escuchar opiniones diferentes, especialmente entre marido y mujer; en la vida religiosa, someterse al parecer del superior, pues este estado de vida se basa en la sujeción de la propia voluntad a la de quien se constituye como autoridad.

En efecto, las divergencias naturales a las que están supeditados todos los hombres provienen del principio mismo de alteridad. Por eso empleamos un gran esfuerzo por encontrar entre los más cercanos a aquellos que comparten nuestros puntos de vista

o que armonizan con nuestro temperamento. Se configuran así círculos humanos que dan lugar a «grupos» o «sociedades» capaces de volver centrípetas esas semejanzas que los unen.

De hecho, tal comunión de similitudes está destinada a sanar el abismo interior que existe en nosotros, haciéndonos sentir el apoyo de los demás y ayudándonos a recuperar las fuerzas para seguir adelante con esta vida penosa y llena de bamboleos. En cambio, entre los egoístas ocurre de otra manera: viven cercanos, saludando con sombrero ajeno...

¿Cómo ver, entonces, ese «toma y daca» a la luz del Evangelio?

«Al que te pide prestado, no lo rehúyas»

Nuestro Señor afirma que hay que darle al que pide y no evitar a quienes piden prestado (cf. Mt 5, 42); un consejo difícil de cumplir en aquellos tiempos y hoy en día, pues muchos alegan falta de disponibilidad recurriendo a los más variados subterfugios para esquivar a los que requieren de ayuda.

Sin embargo, hay una característica fundamental y necesaria para quien se ve obligado a dar: no ser egoísta; estar

dispuesto a atender a cualquiera, como el Padre celestial, que da a los que le piden, e incluso a los malos, los cuales saben dar cosas buenas a sus hijos (cf. Mt 7, 11). Además, para prevenirnos contra el egoísmo, Jesús nos enseña, con todo propósito, a dirigirnos a Dios diciendo Padre *nuestro*, y no Padre *mío*.

A pesar de nuestra maldad, Cristo se dio a nosotros totalmente, hasta la inmolación de sí mismo. No es ninguna novedad que «pasó haciendo el bien» (Hch 10, 38), pues los milagros obrados por Él fueron numerosos —los sinópticos registran treinta y cinco. Al realizarlos, el divino Maestro tenía un amplio abanico de intenciones, entre las que evidentemente se encontraba la de curar los males del cuerpo, pero ante todo la de beneficiar a las almas. De hecho, en los evangelios las curaciones físicas presentan algo de sacramental, es decir, apuntan a una realidad superior, de naturaleza más sobrenatural.

Abnegación, fe y confianza, aliadas a las pocas palabras

Siguiendo con las páginas del Evangelio, en su capítulo octavo San Mateo enumera una serie de súplicas hechas a Cristo, las cuales fueron atendidas.

Primero aparece un leproso, que tuvo tres actitudes exteriores ante Jesús: se acercó, se arrodilló y, finalmente, se dirigió a Él con palabras. A éstas añadió su intención, expresada humildemente en la condicionalidad de su petición: «Señor, *si quieres*, puedes limpiarme» (Mt 8, 2).

Sin duda, este pobre hombre poseía cualidades queridas por quienes anhelan ser atendidos: abnegación ante los designios de la Providencia, dado que ninguna queja sale de sus labios, a pesar de su lamentable estado; confianza en la persona de Cristo, demostrada por su gesto de

acercamiento; fe, en consonancia con su petición condicionada, aunque llena de certeza.

Poco después, cuando Jesús estaba entrando en Cafarnaúm, tiene lugar un hecho de mayor belleza aún con un centurión romano, el cual ruega no por él mismo, ¡sino por un criado! (cf. Mt 8, 5-13). Episodio difícil de ocurrir: que alguien interceda por otro, y de forma desinteresada.

Cabe señalar, asimismo, que Cristo acogió tanto la petición hecha por el leproso como por el notable soldado, pues considera las súplicas no en función de condiciones sociales o materiales, sino en virtud de la sinceridad de la oración y la fe del que pide.

La credibilidad¹ de ese centurión con relación al Maestro fue tal que desde la Iglesia primitiva su exclamación viene siendo recordada con entusiasmo por la piedad católica en la

celebración eucarística: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa...».

En efecto, en lo que a la fe se refiere, tal actitud exterior era el testimonio auténtico de un hombre educado, humilde y desprendido, cuyo gesto, a cambio, quedó immortalizado por el sencillo —¡y cuán costoso!— hecho de haber pedido por otro...

Ciertamente alguien con menos fe y, por tanto, carente de la virtud de la caridad, habría preferido un Cristo «sólo para sí», que lo atendiera «a su manera», aun en detrimento de los quehaceres divinos, como suele suceder con mendigos arrogantes, que olvidan el noble gesto de ese oficial romano.

Nótese también lo eficaz que es la fe cuando se alía a la cortesía: «en ese momento se puso bueno el criado» (Mt 8, 13), sólo bastó que Jesús lo dijera «de palabra» (Mt 8, 8), igual que lo hizo el centurión.

No es en vano que San Mateo, capítulos antes, recogiera la recriminación del Señor al modo de orar de los paganos: «Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso» (6, 7), ya que la fe y la admiración, aliadas a las pocas palabras, suelen ser valiosas virtudes para los humildes.

Íntimo consorcio entre fe y caridad

A continuación, el evangelista narra la curación de la suegra de Pedro (cf. Mt 8, 14-15). De este episodio, ocurrido sin duda por mediación del yerno —lo cual no deja de ser notable—, vale la pena subrayar lo que siguió: «Se levantó y se puso a servirles». Es decir, a quien es atendido no le cabe otra actitud que la del servicio.

Con este pasaje, el Señor pretende situar en su justa medida la práctica de la fe y el ejercicio de la caridad, a pesar de posibles



Qué eficaz es la fe cuando se alía a la cortesía: «en ese momento» el criado del centurión quedó curado

Jesús y el centurión romano. En la página anterior, «La cananea pide la curación de su hija», de Juan de Flandes - Palacio Real de Madrid



incompatibilidades temperamentales o de parentesco, dado que esas mismas manos de la suegra de Pedro, antes inoperantes e incapaces de practicar la caridad,² en cuanto fueron sanadas, se ponen a servir y a retribuir no sólo a Dios, sino también al prójimo.

A tenor de lo expuesto, se entiende mejor, por ejemplo, lo que le pasó a Santa Teresa del Niño Jesús, quien, estando bajo el cuidado de religiosas poco virtuosas, tenía muy claro el papel de la caridad, cuando decía: «Pensar bellas y santas cosas, hacer libros, escribir biografías de santos no valen un acto de amor de Dios, ni el acto de responder cuando llame la campana de la enfermería y moleste. Cuando te piden un servicio o cumples tu obligación con las enfermas que no son agradables debes considerarte como una esclava a la que todos tienen derecho de mandar y que no sueña en quejarse, puesto que es esclava».³

En suma, la fe y la caridad deben estar en íntimo, constante y creciente consorcio, so pena de no ser atendidos o, peor aún, de no atender bien a los demás...

Abandono en la persona del Maestro

A pesar de estos imperativos divinos que hacen levantarse de la cama

hasta el más febril, al concluir su capítulo octavo, San Mateo evoca el episodio de la tempestad, en el que el Señor deja a sus discípulos a merced del mar embravecido, mientras Él duerme un sueño profundo y sereno.

Tras ser despertado, Jesús recrimina con ternura, pero con firmeza, a los discípulos sacudidos por el peligro inminente y desconfiados de su poder: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» (Mt 8, 26). Y lo hace con toda razón, pues poco antes lo habían visto expulsar demonios y curar enfermos (cf. Mt 8, 16-17).

Entonces, ¿por qué dudar de ese hombre cuyos poderes excedían las fuerzas de la propia naturaleza?

Nos induce a pensar que, incluso entre los Apóstoles, la adhesión al Señor fue paulatina y por eso con cada milagro empezaban a creer «un poco más», hasta el día de Pentecostés. Prueba de ello es el miedo ante la tempestad, cuando la actitud del Redentor era la contraria. Así, si los Apóstoles hubieran tenido claro que la fe «no puede recaer sobre algo falso»,⁴ habrían adoptado una postura muy distinta: dejarían dormir tranquilo al Maestro, pues ¿qué lugar más seguro, o situación más favorable, que estar al lado de Cristo?

No obstante, esa escena del mar embravecido, de los tripulantes afligidos y de Jesús durmiendo parece muy representativa de la Iglesia, que acoge a hijos débiles en la fe, aun teniendo

cerca de ellos —o, mejor dicho, en ellos— a Dios. Por lo tanto, nos enseña que en cualquier necesidad, por absurda e insoluble que parezca, dentro de la barca interior de nuestra alma el Señor duerme, dispuesto a atendernos, siempre que tengamos fe para superar los infortunios.

Por consiguiente, en la metodología del pedir y del atender, como se ha dilucidado antes, hemos de estar dispuestos al abandono, pues Dios —y huelga decir que también los hombres— parecerán ajenos a las olas por las que el barco de nuestra vida tendrá que navegar. En estas circunstancias, lejos de quejarse de no recibir los beneficios materiales o las gracias solicitadas, la mejor opción será, aunque sea *a contrario sensu*, dormir junto al Señor.

Obrar de esa manera es dar un testimonio de nuestra fe.

Gratitud: virtud especial

En las narraciones de los milagros realizados por Cristo, quizá lo que causa mayor asombro no sea el desbordamiento de la bondad divina, sino la ingratitud de casi la totalidad de ellos, siendo pocos los agradecimientos relatados por los evangelistas... ¿Concisión literaria? ¿Menoscabo para con algo tan obvio y, por eso, superfluo?

Todo indica que no. La razón por la cual no abundan en los evangelios las menciones a la gratitud parece residir en la carencia de su práctica... Sólo uno de los diez leprosos curados (cf. Lc 17, 11-19) ejercitó la más frágil de las virtudes, dando lugar a la contundente reprensión divina: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?» (Lc 17, 17-18).

Cabe señalar que Santo Tomás⁵ califica la gratitud como una virtud especial, que requiere de tres elementos: primero, el reconocimiento del beneficio recibido; segundo, alabarle y dar las gracias; tercero, recompensarlo según

Dentro de la barca interior de nuestra alma el Señor duerme, dispuesto a atendernos, siempre que tengamos fe para superar los infortunios

«Cristo calma la tormenta en el mar de Galilea», de Ludolf Bakhuizen - Museo de Indianápolis (Estados Unidos)

las propias posibilidades y de acuerdo con las circunstancias de lugar y tiempo.

En sentido contrario, el primer grado de la ingratitud consiste en no recompensar el beneficio; el segundo, en disimular, como demostrando con ello que no se ha recibido beneficio alguno; y, finalmente, el más grave: no reconocerlo, ya sea olvidándose de él o de cualquier otro modo.

De este modo, la ingratitud es también un pecado especial, pues «en todo pecado hay una ingratitud material para con Dios, en cuanto que el hombre hace algo que puede implicar ingratitud. Mas la ingratitud formal se da cuando hay desprecio actual del beneficio».⁶

Humildad, eje de la metodología del pedir y del atender

En conclusión, el gran problema para atender o rechazar, entre los hombres, se encuentra en la práctica de la humildad, virtud que refrena los apetitos de carácter impulsivo, modelándolos para que el hombre no aspire desmedidamente a las cosas elevadas.⁷

Antes de atender a alguien, o incluso de pedir algo, el hombre establece una serie de paralelismos egoístas —si bien de forma irreflexiva—, por los cuales traza las ventajas o desventajas del acto que va a poner en marcha. En este «cál-



A quien pide le corresponde la fe, la admiración y la gratitud, las pocas palabras, pero también el abandono, la abnegación y la confianza

El leproso agradecido - Catedral de Nuestra Señora, Múnich (Alemania)

puesto que sus aspiraciones no están arraigadas en las malas pasiones, sino en la Providencia divina, pese a la incesante lucha contra las inclinaciones egoístas.

Por eso, a quien pide le corresponde la fe, la admiración, las pocas palabras, pero también el abandono, la abnegación y la confianza. A quien atiende, la generosidad y la exención de cualquier egoísmo. Finalmente, quien es atendido le compete el servicio, es decir, la recompensación.

¿No es cierto que, incluso ante personajes de vida reprochable como la samaritana (cf. Jn 4) o el buen ladrón (cf. Lc 23, 40-43), de los labios

divinos nunca salieron palabras de rechazo a un bien querido?

A ellos —y a otros muchos que cabría recordar, como la hija del jefe de la sinagoga (cf. Mt 9, 18-26), el hombre de la mano paralizada (cf. Mt 12, 9-13) o la cananea (cf. Mt 15, 21-28)— no les faltó la metodología de la humildad en su relación con Dios, pues fueron atendidos.

Que la Santísima Virgen, la primera en pedir algo a Jesús (cf. Jn 2, 1-11), nos ayude en el trivial y cuán virtuoso *savoir faire* del bien pedir, atender y recompensar. Bajo su amparo, incluso ante la inoportuna pregunta «¿darás o no?», ¿qué lector se atrevería ahora a desatender una petición? ✠

culo» entran sus pasiones desordenadas, de las cuales «salen pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias» (Mt 15, 19).

Por lo tanto, si quiere hacerse servidor de los demás, atendiéndoles, contará con una buena disposición interior para satisfacer cualquier petición; pero, si opta por ser grande a los ojos de los demás, menospreciando el Reino de los Cielos, se creará superior y no los servirá. *Ex necessitate*, «el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mt 20, 26).

Y cuando tuviera que pedir algo a alguien, el humilde tendrá la predisposición de recibir incluso una negativa,

¹ En relación con la fe, la credibilidad es la propiedad extrínseca que afecta a una proposición que debe ser creída en virtud de un testimonio (cf. HENRY, Antonin-Marcel. «Introdução e notas». In: SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teoló-*

gica. 2.^a ed. São Paulo: Loyola, 2011, t. v, p. 54, nota i).

² Téngase en cuenta que la virtud de la caridad es «causa eficiente» de las virtudes, en el sentido de que impera sobre las demás. Ahora bien, como el fin comunica su forma a la virtud, muchas virtudes pueden imperar

sobre otras, pero sólo la caridad puede imperar sobre todas ellas. Y debe hacerlo para que cada virtud, ordenada a su fin último, pueda ser verdadera y plenamente denominada virtud (cf. HENRY, op. cit., p. 309, nota n).

³ BARRIOS MONEO, CMF, Alberto. *Santa Teresita, modelo y mártir*

de la vida religiosa. 5.^a ed. Madrid: Colsa, 1964, p. 216.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 1, a. 3.

⁵ Cf. *Idem*, q. 107, a. 2.

⁶ *Idem*, ad 1.

⁷ Cf. *Idem*, q. 161, a. 1.



La fuerza de los hombres... ¡y la debilidad de Dios!

«Pedid, y recibiréis». En esta promesa, el Salvador nos indica el secreto de una alegría indescriptible y nos deja una participación en su omnipotencia.



✠ Hna. Fernanda Cordeiro Fonseca, EP

Ya era avanzada la noche en la residencia de los Corrêa de Oliveira. Sin embargo, Dña. Lucilia estaba lejos de retirarse. Rodeada por el silencio y la tranquilidad de esas horas, su alma se dirigía confiadamente al Sagrado Corazón de Jesús, representado en una pequeña y piadosa imagen expuesta en la sala de visitas, mientras aguardaba, cual vigía a la espera del amanecer, a que su hijo Plinio regresara de la sede de la Congregación Mariana. Cuando por fin estaban juntos, ambos iniciarían una breve pero dichosa conversación acerca de los acontecimientos del día, según una costumbre que sólo acabaría con la entrada de Dña. Lucilia en la eternidad.

Esa grata convivencia era esperada con impaciencia por el Dr. Plinio, pues suponía un verdadero refrigerio en medio de las batallas que libraba en pro de la Santa Iglesia y para su propia perseverancia en el camino de la virtud. El cariño de su madre, sumado al envolvente espíritu de piedad y la elevación que la caracterizaban, le proporcionaba más descanso que horas de sueño y le comunicaba bendiciones y gracias especiales.

No menos consoladora para la propia Dña. Lucilia era aquella *prosinha da meia-noite*¹. A su juicio, vivir era «estar juntos, mirarse y quererse bien» y por eso se deleitaba escuchando a su hijo, aprovechando la ocasión para aconsejarlo, para prevenirlo contra las

sorpresas que se presentan en este valle de lágrimas y para atenderlo en sus necesidades.²

Ahora bien, el consuelo de estas dos almas al convivir juntas no es más que un pálido reflejo entre criaturas de la incomparable alegría que el alma humana y su Creador experimentan al relacionarse por medio de la oración.

Dios se alegra conviviendo con nosotros

Cuando reza, el hombre conversa verdaderamente con Dios y se une a Él de una manera muy especial, lo que se traduce en una felicidad indescriptible, porque participa de la que se saborea en el Cielo. En estos augustos momentos, la criatura sacia su deseo

*La oración es el
encuentro de la sed de
Dios con la nuestra:
Dios tiene sed de que
tengamos sed de Él, y
espera con avidez una
simple oración nuestra*

intrínseco de Dios y descansa su inquieto corazón.

Pero aún más se deleita el Señor cuando lo buscamos: «La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él».³ A semejanza de la más tierna de las madres, el Altísimo anhela entrar en contacto con nosotros, sus hijos, y quiere tomar parte en nuestra vida personal, ayudándonos tanto espiritual como materialmente; para ello, espera con santa avidez una simple oración nuestra.

A fin de no ser indiferentes a este divino Amigo, tratemos de seguir el ejemplo del rey Ezequías: «Estoy piando como un polluelo de golondrina» (Is 38, 14). Así como ese animalito chilla constantemente para pedirle comida a su madre, hagamos nosotros lo mismo con nuestro Padre celestial. En todo momento, alabemos a Dios por ser Él quien es y, en cada situación, sepamos darle las gracias, ya que todo concurre para el bien de nuestras almas, aunque muchas veces las apariencias digan lo contrario.

En las horas de alegría, expresémosle nuestra gratitud por los beneficios recibidos; y, de modo especial, recemos cuando nos asalten las tentaciones, porque somos muy débiles, y los enemigos de nuestra salvación, numerosos y fuertes. Por medio de la oración, declara San Lorenzo Justiniano,⁴ construimos una torre inexpugnable, en la que permanecemos a salvo de cualquier insidia del demonio.

Obstáculos comunes a la oración

¡Cuánto más fácil y meritorio sería nuestro paso por esta tierra si supiéramos rezar! ¡Con qué facilidad conquistaríamos el premio eterno!

Afirma San Alfonso María de Liguorio que «no es necesario para salvarse ir a tierra de infieles a buscar la muerte; no es necesario ir a esconderse en los desiertos para alimentarse de hierbas; pero es necesario siempre decir: “Dios



«El ángelus», de Jean-François Millet - Museo de Orsay, París

Francisco Lecaros

*En todo momento,
alabemos a Dios
por ser Él quien es
y sepamos darle las
gracias, pues todo
concurre para el bien
de nuestra alma*

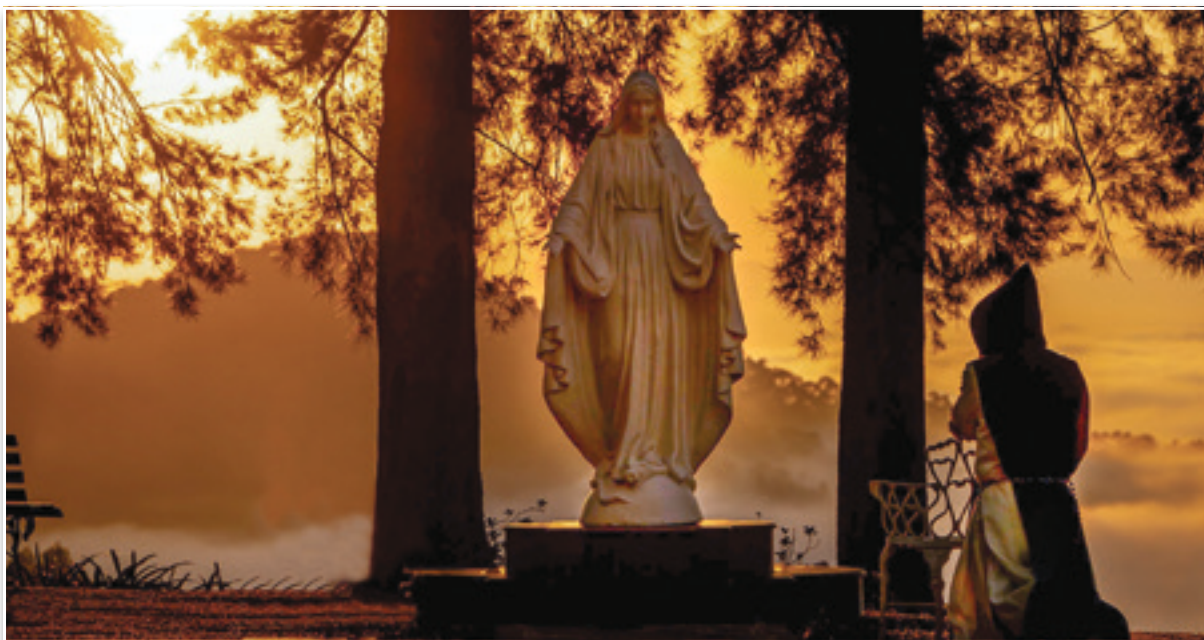
mío, ayúdame; Señor, asistidme, tened piedad de mí”. ¿Puede haber cosa más fácil que ésta?».⁵ Sin embargo, hay obstáculos que pueden entorpecer este aspecto de nuestra vida piadosa.

El más común de ellos, pero no por eso el menos dañino, es el pragmatismo. El mundo actual nos enreda de manera casi irresistible en un sinfín de seudosoluciones materiales, supuestamente capaces de resolver todas nuestras necesidades, problemas y anhelos. No obstante, su único fruto es la disipación constante, la pérdida de la fe y el alejamiento de la moral católica... Si volviéramos nuestro corazón

a lo sobrenatural con más frecuencia, veríamos que la verdadera paz, tan deseada, sólo se encuentra en Dios y que únicamente Él tiene la solución para nuestras dificultades y el ungüento para nuestros dolores.

A menudo, también, la consideración de que somos pecadores y, por tanto, indignos de ser atendidos por la Providencia, nos aleja de la oración. San Alfonso de Liguorio⁶ resuelve este *impasse*, mostrándonos que Dios no actúa como los hombres que, ofendidos por otro, inmediatamente se muestran poco dispuestos a hacerle algún bien, recordándole la injuria cometida. Nuestro Padre celestial, por el contrario, cuando es invocado con humildad y arrepentimiento por un pecador, aun siendo de los peores del mundo, lo recibe como si sus ofensas nunca hubieran existido.

Esta bondadosa disposición divina, además, está atestiguada en la parábola del fariseo y el publicano. Éste no se vanagloria de sus obras ante el Creador, como el fariseo, sino que, sin atreverse a levantar los ojos al cielo, se golpea el pecho diciendo: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador» (Lc 18, 13). Y obtiene para sí la justificación.



Matheus Rambo

Imagen de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa

Por último, debemos considerar que, como bautizados y miembros vivos de la Iglesia, estamos revestidos de los propios méritos de Nuestro Señor Jesucristo y que, por tanto, el Padre acoge nuestras oraciones como si fueran ofrecidas por su Hijo. No necesitamos presentarnos a Dios con una suma de virtudes en las manos, como quien desea negociar con Él ciertos beneficios... Para ser atendidos en nuestras oraciones basta con invocar la misericordia divina.

Los secretos de la oración infalible

Ahora bien, puede ocurrir que pidamos algo y parezca que no somos atendidos. En vista de esto, algunos se enfrían en su fe y dejan de rezar...

Momentos antes de la Pasión, el divino Maestro nos dejó un juramento: «En verdad, en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará» (Jn 16, 23). Por lo tanto, no podemos ser engañados, pues fue la Verdad misma quien nos lo prometió. Sin embargo, para que nuestra oración sea efectivamente atendida, ha de cumplir con algunos requisitos, como vimos en el artículo anterior. Entre ellos destacan la humildad, la oportunidad y la confianza.

*Bajo la protección
de la Virgen, Puerta
del Cielo, procuremos
hacer de nuestra
existencia terrena
una constante
convivencia con Dios*

Una vez observadas estas condiciones, nuestra oración se vuelve infalible y —por qué no decirlo— ¡omnipotente! Y aunque por flaqueza vengamos a rogar algo que no nos conviene, nuestra esperanza no será vana: el Señor nos dará algo mucho mejor, porque la oración nunca queda sin fruto.

¡Golpeemos las puertas del Cielo!

Como si no fuera suficiente la demostración de tanto amor a los hombres en la persona del Verbo Encarnado, el Altísimo nos ha dejado también como madre a su propia Madre, la fina punta de su infinita misericordia, para soco-

rrernos en cada momento de nuestra peregrinación por este valle de lágrimas.

Ella es la Puerta del Cielo, a la que podemos «golpear» cuando queramos y aunque nos falte un poco de humildad o confianza... Invocando su auxilio, corregirá nuestros defectos y nos obtendrá con particular facilidad favores inimaginables, pues posee junto a su divino Hijo plenísima condescendencia.

Bajo su patrocinio, pues, procuremos hacer de nuestra existencia terrena una constante convivencia con Dios, para que un día podamos continuarla, ya no bajo los velos de la fe, sino cara a cara, en el Reino celestial. ✠

¹ Del portugués: «charlita de medianoche».

² Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, p. 316.

³ CCE 2560.

⁴ Cf. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *El gran medio de la oración para conseguir la salvación eterna y todas las gracias que deseamos alcanzar de Dios*. Sevilla: Apostolado Mariano, 2001, p. 47.

⁵ *Idem*, p. 58.

⁶ Cf. *Idem*, p. 95.



Cuando me distraigo, ¿mi oración pierde su valor?

Según afirma Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*. II-II, q. 83, a. 1-2), la oración consiste en la elevación de nuestra mente a Dios, inflamada por la devoción y el fervor de la caridad. No rezamos a Dios para manifestarle algo desconocido a su infinita sabiduría ni para que altere los designios de su providencia divina, sino para que nos convenzamos de la necesidad de recurrir a su auxilio y de pedirle todo lo que Él, desde toda la eternidad, ha dispuesto concedernos por el mérito de nuestras plegarias.

En el curso de nuestras oraciones, parecería ilícita cualquier distracción, incluso cuando nos esforzamos en extremo. ¿Podemos elevar a Dios súplicas, provechosamente, mientras nuestros pensamientos divagan lejos de su divina majestad? La solución de Santo Tomás a esta dificultad resulta tan sorprendente como consoladora: «Nadie está obligado a lo imposible. Pero es imposible mantener la mente atenta en algo durante mucho tiempo sin dejarse llevar de repente por otra cosa. Luego no es necesario que la oración vaya siempre acompañada de la atención» (*Comentario a las Sentencias*. L. IV, d. 15, q. 4, a. 2, qc. 4).

Examinemos las palabras del Doctor Angélico. La atención es necesaria para que nuestra oración tenga más valor y alimente nuestra alma. No podemos, de propósito, dejar que

nuestro pensamiento divague, so pena de perder los frutos de nuestras oraciones, pues las *distracciones voluntarias* alejan nuestra mente de Dios. Sin embargo, las *distracciones involuntarias* no le restan a la oración su mérito. La mente humana, debido a la flaqueza de su naturaleza debilitada por el pecado original, no logra permanecer siempre en las alturas, ya que el peso de esa flaqueza arrastra al alma hacia lo más bajo (cf. *Suma Teológica*. II-II, q. 83, a. 13, ad 2).

En otras palabras, si nos distraemos por debilidad y no por negligencia, nuestra oración seguirá siendo agradable a Dios. El fervor interior debe ser la causa de nuestras plegarias. Oramos para honrar y reverenciar a Dios, entregándole sumisamente nuestra alma y reconociendo, mediante súplicas, nuestra total dependencia

de Él, fuente y causa de todos los bienes (cf. *Suma Teológica*. II-II, q. 83, a. 3; a. 14). De este deseo, nacido del amor a Dios, dependen los méritos y la fuerza de las peticiones, a pesar de nuestras distracciones involuntarias: «Si esta primera intención falta, [la oración] ni es meritoria ni impetratoria: “pues Dios no escucha la oración que se hace sin intención”, como dice San Gregorio» (*Suma Teológica*. II-II, q. 83, a. 13).

¿Qué conclusión debemos sacar de las enseñanzas de Santo Tomás? Cuando recemos, tratemos de rezar bien, para obtener mayor provecho. Hagamos todo lo posible para que nuestra oración sea agradable a Dios. Acabemos con todas las distracciones voluntarias y luchemos al máximo contra las involuntarias. No recemos por mera obligación, como quien intenta librarse de una tarea

tediosa, sino por amor, con fervor, con la intención de elevar el corazón al Cielo y unirnos cada vez más al Padre. Sobre todo, no caigamos en el sofisma de decir: «Mejor no rezar, porque no rezo bien...». Con razón el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira afirmaba que tenía ganas de escribir un opúsculo que se llamara *El valor de la oración mal hecha*, porque es cierto que el Altísimo no desprecia nuestras buenas disposiciones cuando nos dirigimos a Él, aunque no sean perfectas. ✚



Francisco Lecaros

Las distracciones voluntarias nos hacen perder los frutos de nuestras oraciones y alejan nuestra mente de Dios; pero no ocurre lo mismo con las distracciones involuntarias

Monja alimentando a un periquito, de Claudius Jacquand - Real monasterio de Brou, Bourg-en-Bresse (Francia)



Una tropa de élite para la Iglesia

Si no cree en el poder absoluto de la oración, he aquí un ejemplo histórico de cómo las súplicas son mucho más efectivas e irresistibles que un ejército en orden de batalla.



✠ Hna. María Teresa Ribeiro Matos, EP

«¿Quién es el primer capitán del siglo?», preguntó una noble dama a Mauricio de Nassau.¹

«¡Spínola es el segundo!», respondió orgulloso, señalándose como primer hombre de armas.

Mauricio dirigía las tropas calvinistas de Holanda y ya había infligido numerosas derrotas a los ejércitos católicos, conquistando casi la totalidad de los Países Bajos. A pesar del innegable valor del comandante Spínola y de los soldados españoles, la princesa Isabel

Clara Eugenia, hija de Felipe II de España, que gobernaba aquellas tierras, se vio obligada a firmar una tregua de doce años.

Una vez finalizado este período, las hostilidades se reanudaron. Mauricio de Nassau, sin embargo, obtuvo triunfos menos brillantes que en las campañas anteriores. Al no poder resistir el asedio que los españoles llevaron a cabo sobre la ciudad de Breda, murió ese mismo año, en 1625.

¿Qué contribuyó a ese giro de los acontecimientos o, incluso, qué pudo

haber sido el factor decisivo? El genio militar del comandante italiano, el arrojo de los guerreros católicos y el firme mando de la corona española no lo justifican del todo... Quizá dentro de los austeros muros del Carmelo de Amberes es donde podemos encontrar una explicación: allí, el amor de una auténtica hija de Santa Teresa consiguió de Dios victorias decisivas para la causa de la Iglesia.

De hecho, Ana de San Bartolomé, que con veneración había acompañado a Santa Teresa en sus viajes y la había

Bajo el mando de Mauricio de Nassau, las tropas calvinistas de Holanda habían infligido numerosas derrotas a los ejércitos católicos

Victoria de Mauricio de Nassau sobre el ejército español, en la batalla de Nieuwpoort, de Nicaise de Keyser

asistido en los últimos años de su vida, tenía muy vivo en su espíritu el celo ardiente que consumía aquella gran alma y el ideal que la había movido a la reforma del Carmelo.

Una tropa de élite: el Carmelo

Santa Teresa se preguntaba, afligida, qué podía hacer para defender a la Iglesia frente a la herejía que se extendía por Europa en su época: «Como me vi mujer e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, toda mi ansia era y es que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos; determiné de hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar algunas que hiciesen lo mismo [...]. Y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío».²

Al constatar los escasos resultados de la fuerza de las armas para frenar la herejía, expuso la necesidad de reunir almas que, entregándose radicalmente a Dios, atrajeran a la causa católica la propia fuerza del Señor. El Carmelo sería así una tropa de élite, lista a actuar allí donde el combate fuera más encarnizado: «Viendo tan grandes males y que fuerzas humanas no bastan a atajar el fuego de estos herejes [...], me pareció que es menester como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido la tierra y viéndose el señor de ella apretado se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí hace algunas veces dar en los contrarios; y por ser tales los que están en la ciudad, como gente escogida, que pueden más ellos a solas que muchos soldados cobardes pudieran».³

Por ello, exhortaba a las hermanas a que se dedicaran a alcanzar de Dios santos letrados y religiosos, bien dispuestos y protegidos por el Señor para la batalla: «Si en esto podemos algo



Un giro, no obstante, se obró en el campo de batalla, cuyo factor decisivo encontramos en las religiosas del Carmelo de Amberes

Beata Ana de San Bartolomé,
de Frans de Wilde

con Dios, estando encerradas peleamos por Él. Y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he padecido por hacer este rincón, adonde también pretendí se guardase esta regla de Nuestra Señora y Emperadora con la perfección que se comenzó».⁴

La fiel discípula

Ana, la inseparable auxiliar de la madre Teresa, había sido testigo de su fe y de sus virtudes; con ella había soportado grandes infortunios, reverses e ingratitudes, afrontando las inclemencias del tiempo y recorriendo largas distancias, ora para fundar, ora enfervorizar los Carmelos existentes. En gran medida, había heredado el carisma y el espíritu teresiano, sintetizado por la santa en sus últimos días: «Gracias te hago, Dios mío, Esposo de mi alma, porque me hiciste hija de tu santa Iglesia Católica».⁵

A la discípula no le faltarían ocasiones para hacer brillar el legado que había recibido. Sumisa hasta el

heroísmo cuando se trataba de su persona, pero irreductible en lo que atañía a la orden, su papel de pacificadora siempre celosa de la unidad del Carmelo luciría en las disputas que amenazaban con dividir la reforma emprendida por la santa abulense.

Sin embargo, no haría menos para que el carisma teresiano resplandeciera en la última etapa de su vida en el Carmelo de Amberes, en Flandes.

«Zelus zelatus sum»

Aunque no permitía que las noticias del mundo traspasaran los muros de la clausura, la Beata Ana de San Bartolomé seguía con avidez lo que ocurría en la guerra contra los holandeses calvinistas, y con verdadero contento se dirigía al locutorio para oír de los caballeros los éxitos o dificultades de las tropas católicas. Incluso sentía envidia de los soldados, «porque ponían la vida en defensa de la fe, y con el deseo los acompañaba y daba la suya mil veces».⁶

En 1621, cuando la tregua entre españoles y holandeses tocaba a su fin, Isabel Clara Eugenia, gobernadora de Flandes y gran admiradora de la beata, le pidió que preguntara a Dios si era su voluntad que se renovara el acuerdo. La Beata Ana le escribió: «Díjome el Señor: “No hagan paz con los enemigos, que ellos se hacen fuertes en sus errores y nosotras, en medio de ellos nos perdemos”. Parecía me mostraba el Señor que muramos por defender su Iglesia y fe, que no le agrada la flojedad que tienen los cristianos, y que más la muestran en querer paz y no guerra».⁷

Ana era consciente de la responsabilidad del Carmelo para lograr la victoria, tal y como describe en una carta a otra religiosa: «Algunas han ayunado tres días esta semana, viernes y sábado y miércoles, por la guerra, y pues tienen deseos, yo las dejo. En estos tiempos, mi madre, esto es menester, y a nosotras nos corre más obligación. [...] Acá tomamos la disciplina bien



Reproducción

«Estoy más segura con la defensa de las oraciones de la madre Ana de San Bartolomé que con cuantos ejércitos allí podía tener»

Infanta Isabel Clara Eugenia, de Alonso Sánchez Coello - Museo del Prado, Madrid

fuerte y decimos una letanía de todos los santos y cada día ha habido disciplina por esta necesidad de la Iglesia».⁸

Su celo rebasaba los límites de la comunidad y hasta al padre provincial llegaban sus anhelos: «En lo que toca a los enemigos, no sé si saldrán con lo que piensan; Dios no le dejará a su voluntad. Acá se hace harta oración muy continua y comuniones».⁹

Con la seguridad que la fidelidad al carisma le daba, no temía situarse al lado de la infanta, animándola: «Deseo que Dios nos dé victoria en esta guerra. Harta oración se hace en esta casa de vuestra alteza, y con harto deseo de que su majestad vuelva por su honra; y no dudo sino que aceptará todo lo que vuesa alteza le pidiera, que es su defensora, y es cierto que la estima y quiere por el celo santo y recto

que tiene de su Iglesia, que es siempre esta santa Iglesia perseguida y ha de menester tan buena defensora».¹⁰

Activa participación en los intereses de la Iglesia

«En verdad os digo que si tuvierais fe y no vacilaseis, no solo haríais lo de la higuera, sino que diríais a este monte: «Quítate y arrójate al mar», y así se realizaría. Todo lo que pidáis orando con fe, lo recibiréis» (Mt 21, 21-22). Al utilizar un ejemplo material para demostrar el alcance de la fe, el divino Salvador deja claro que un acto de fe sin vacilaciones es capaz de mover la tierra, cuando conviene a la gloria de Dios».

Así fue como la beata pudo, dentro de su convento, derrotar a la escuadra enemiga y defender la ciudad, como afirmaba la infanta Isabel: «Del castillo de Amberes ni de esa villa no tengo ningún cuidado, porque estoy más segura con la defensa de las oraciones de la madre Ana de San Bartolomé que con cuantos ejércitos allí podía tener».¹¹

Y la gobernadora tenía razón. En 1622, Mauricio de Nassau se acercó a Amberes con una poderosa flota. Estaba tan convencido de su éxito que afirmaba que sólo Dios o el diablo podrían derrotarlo.

Sin tener conocimiento de tal hecho, la Beata Ana se despertó esa noche asaltada por una gran angustia. Con los brazos en alto, comenzó a orar con todas sus fuerzas, clamando el auxilio divino. Al sentirse cansada, empezó a bajar los brazos, pero pronto oyó una voz que le ordenaba que continuara. Levantándolos de nuevo, vio místicamente embarcaciones que se hundían, pero que se alzaban y seguían flotando cuando los bajaba. Pasó así toda la noche, mucho sufrimiento. Cuando amaneció, se dio cuenta de que ya había logrado su objetivo.

Posteriormente se supo que «cuando ya la escuadra [de Mauricio de Nassau] estaba navegando, capitaneada por él y sus principales, surgió un viento huracanado y frío; peligraba su misma nave,

algunas se hundieron y el resto de la escuadra andaba a merced de los vientos, terminando todo en un gran desastre, y tanto los soldados como los marineros luchaban por salvarse».¹²

Más vigilante que los centinelas

En otra ocasión, durante el sitio de Breda en 1624, Mauricio envió tropas calvinistas a atacar otras ciudades con el fin de debilitar el asedio español. Cuando el comandante se encontraba en las proximidades de Amberes, con la mitad de su ejército, escribía a la infanta Isabel: «Hasta ahora no ha hecho nada, y espero en Nuestro Señor que no lo hará. Muéranse muchos en su campo de la peste, y en el nuestro hay mucha salud, gracias a Dios. Aun dicen que el enemigo quiere volver a Amberes, pero espero que la madre Ana de San Bartolomé lo guardará con sus oraciones y Nuestro Señor con otra tempestad, pues con ellas pelea por nosotros».¹³

No obstante, la noche del 13 al 14 de octubre de ese año, el enemigo intentó entrar en la ciudad disimuladamente. Tres mil infantes, mil caballos y treinta carros con escaleras e instrumentos, portando insignias católicas, consiguieron acercarse al castillo sin ser detenidos. Unas barquillas cruzaron por debajo del puente y ya estaban junto a la muralla sin que nadie se percatara de ello, tal era la oscuridad...

En el Carmelo, sin embargo, se había dado la alerta. La propia Beata Ana narra el episodio: «Estando acostada y dormida, desperté a unos gritos que daban en el dormitorio».¹⁴ Llamó a las hermanas y les dijo que fueran por las celdas para ver quién necesitaba ayuda. Cuando constató que todas se encontraban bien, se dio cuenta de que otros necesitaban de ella. «Vístanse y vámonos al Santísimo Sacramento, que debe de haber alguna traición, que parece ser nuestra santa [Teresa] la que nos despierta».¹⁵ La comunidad permaneció en la capilla en ferviente oración, hasta que al cabo de un rato oyeron ruidos de bombardeos y movimiento en el cas-

tillo. Entonces la madre dispersó a la comunidad, ordenando a las religiosas que se fueran a dormir.

¿Qué había ocurrido? En el mismo momento que la beata rezaba, el soldado Andrés de Cea, centinela del castillo, logró divisar la barquilla enemiga que pasaba bajo el puente y abrió fuego. Al verse descubiertos, los adversarios huyeron despavoridos, abandonando parte de su material bélico.

«Yo le aseguro [P. Domingo], concluye la infanta Isabel, que con uno que subiera y hubiera muerto la centinela estaba hecho el negocio». Además de que había pocos efectivos en el castillo, la mayoría de los soldados estaban enfermos, con tan sólo veinticinco en condiciones de combatir... Pero, «sanos y enfermos todos acudieron, y a algunos se les han quitado las calenturas. Todos tenemos por cierto que las oraciones de la madre Ana de San Bartolomé nos han librado, porque a las doce fue a despertar a sus monjas muy aprisa para que fuesen a hacer oración al coro, que había una gran traición».¹⁶

Fe en la espera y en la victoria

Aun prolongándose demasiado el asedio de Breda, la fe de la religiosa permanecía inquebrantable: «Hay bravos soldados que le aguardan [al enemigo] como los gatos al ratón. Haga lo que quisiere, que esperan no ganará nada. Dios nos ha de ayudar, como lo

muestra cada día. Bendito sea tan buen Dios. [...] Mas al cabo le dará su merecido y Dios ayudará a los suyos».¹⁷

En mayo de 1625 escribía otra carmelita, dando noticias y pidiéndole a Dios que concediera pronto la victoria. «Ahora los holandeses están todos revueltos; y aunque de parte del rey, nuestro señor, han presentado la batalla, no han tenido ánimo de pelear, no han salido; no quieren sino hacer traiciones a escondidas, y todas les salen al revés. Ahora se les ha muerto Mauricio. [...] Mas como sirven al mal espíritu, les da invenciones. No faltarán de hacernos guerra. Y estos de Breda nos la hacen, que nunca acaben de rendirse, que es lástima la gente que se pierde. Dios ponga en todo sus manos».¹⁸

Al mes siguiente, terminaba por fin el asedio y la Beata Ana¹⁹ pudo felicitar a la gobernadora, llamándola de «otro Elías», a la que Dios en todo obedecía. Ésta, sin embargo, no dejó de reconocer de quién era el verdadero mérito de la victoria y de los numerosos milagros realizados por Dios durante la guerra.²⁰

Una misteriosa fecundidad

En vista de tan notables hechos, nos admira constatar cuánto hicieron las hijas de la intrépida Teresa de Jesús por el bien de la Iglesia, en cuatro siglos de historia, cambiando el curso de los acontecimientos mucho más por el poder de la oración que por la fuerza de las armas...

En las filas de esa bendita «tropa de choque», y en los ejemplos de santidad ofrecidos en el pasado, se vislumbra algo de la misteriosa fecundidad de la Iglesia.

Grande es en verdad el misterio de la esposa mística de Cristo, que concede a los que a ella se entregan la invencibilidad del propio Espíritu Santo. ✠



Reproducción

Habiéndose despertado durante la noche, se puso a rezar; mientras oraba, la flota enemiga se hundía en medio de una terrible tormenta

Rezo de la Beata Ana de San Bartolomé

¹ Príncipe de Orange y conde de Nassau, Mauricio nació en 1567 en la ciudad de Dillenburg, actual Alemania, y murió en La Haya en 1625.

² SANTA TERESA DE JESÚS. «Camino de perfección», c. I, n.º 2. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1965, t. II, p. 53.

³ *Idem*, c. III, n.º 1, pp. 62-63.

⁴ *Idem*, n.º 5, p. 66.

⁵ EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, OCD; STEGGINK, O CARM, Oger; *Tiempo y vida de San-*

ta Teresa. Madrid: BAC, 1968, p. 761.

⁶ URKIZA, OCD, Julien. «Soldados españoles de Flandes y sus jefes bajo el amparo espiritual y solidario de Ana de San Bartolomé». In: *Monte Carmelo*. Burgos. Vol. 116, N.º 1 (2008), p. 170.

⁷ BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ. *Autobiografía de Amberes*, c. XVII, n.º 19. Todos los fragmentos de los escritos de la beata recopilados en

este artículo han sido tomados de: *Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo, 1998.

⁸ BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ. *Carta 431*.

⁹ BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ. *Carta 597*.

¹⁰ BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ. *Carta 567*.

¹¹ URKIZA, op. cit., pp. 174-175.

¹² *Idem*, p. 176.

¹³ *Idem*, p. 178.

¹⁴ Cf. BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ. *Relaciones de gracias místicas*, c. II, n.º 29.

¹⁵ *Idem*, *ibidem*.

¹⁶ URKIZA, op. cit., p. 180.

¹⁷ BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ. *Carta 601*.

¹⁸ BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ. *Carta 607*.

¹⁹ Cf. BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ. *Carta 612*.

²⁰ Cf. URKIZA, op. cit., pp. 182-184.



Lo inimaginable y lo soñado se encuentran

La práctica asidua, seria y recta de la religión, durante siglos, ha llevado a las almas a desear el estilo gótico. En cierto momento, cuando surgieron sus primeros esbozos, todos dijeron: «¡Eso es exactamente lo que anhelamos!». Y el gótico se extendió por el mundo entero.

✎ Plinio Corrêa de Oliveira

Cuando hay una sociedad —es decir, un cuerpo social entero— que vive al unísono, aparecen los artistas que, imbuidos de un mismo deseo, hacen lo que la sociedad quiere. Y la obra de arte es una consonancia de uno o varios hombres, dotados de talentos especiales para ello, con lo que la sociedad desea.

Una aparente contradicción

Siempre que veo monumentos góticos, y la catedral de Colonia en especial, me impacta el encuentro, en lo más hondo de mi alma, de dos impresiones contradictorias.

Por un lado, se trata de una cosa tan hermosa que si no la conociera no sería capaz de soñarla. Por tanto, supera cualquier sueño que yo pudiera tener. Pero, por otro lado, al mirar aquello, algo en mi interior me dice: «¡Esto debería existir! Esa fachada inimaginable es, al mismo tiempo y paradójicamente, una vieja conocida, como si hubiera soñado con ella toda mi vida.

Lo inimaginable y lo soñado se encuentran en una aparente contradicción, y hay algo en este encuentro que satisface mi alma profundamente. Tengo una impresión interna de ordenación, elevación, apaciguamiento y fuer-

za, una invitación —acabo de decir de apaciguamiento— a la combatividad, que me hace bien incluso a mi edad.¹

En última instancia, hay algo en nosotros que desea una cosa que no somos capaces de imaginar. Pero esa parte de nuestro espíritu, que está hecho para ciertas cosas, las desea y las conoce tan bien que, cuando las ve, tiene la sensación de encontrarse con un viejo conocido. Y, por otro lado, se sorprende porque se encuentra con lo inimaginable. Entonces, hay en lo más profundo de nosotros mismos algo que, sin que lo percibamos, perfila una figura de maravillas, que yo no diría soñada, sino anhelada, esbozada, que nace de las necesidades de nuestra alma.

*Hay en lo más hondo
de nosotros algo
que, sin percibirlo,
delinea una figura de
maravillas, que nace
de las necesidades
de nuestra alma*

Algo misterioso, que pide dedicación y entusiasmo

Cuando nos encontramos con esta maravilla, nos decimos:

«¡Ah, aquí está la fachada esperada! No podría morir sin haberla visto. Mi vida no estaría completa; no sería plenamente yo mismo si no lo hubiera contemplado. Oh, bendita fachada, oh, bendito estilo, que hace aflorar algo profundo en mi alma y, en cierto modo, hace que me conozca a mí mismo, comprendiendo aquello para lo que he sido creado.

»Es algo misterioso que pide toda mi dedicación, todo mi entusiasmo, y que mi alma sea enteramente así. Una escuela de pensamiento, de sensibilidad, un estilo de voluntad, una forma de ser surge de ahí, para la cual siento que he nacido. Se trata de algo mucho más grande que yo.

»Aquellos hombres que me precedieron también tenían este deseo en lo más hondo de sus almas. E incluso concibieron lo que yo no concebí e hicieron lo que yo no hice. Tenían un deseo tan elevado y tan universal, correspondiente a los anhelos profundos de tantos hombres, que el monumento quedó para siempre: ¡la catedral de Colonia!».



Aspectos de la catedral de Colonia (Alemania)

El «lumen» de nuestras almas: más bello que los vitrales

Hay un concepto de luz que nace en mi espíritu, que no es, por supuesto, la luz eléctrica ni siquiera una hermosa luz tamizada por un vitral, sino mucho más que eso: una luz que está en el alma humana, buscando lo que haya luminoso fuera, para la celebración del encuentro y de la participación. La luz de adentro se encuentra con la luz de afuera. Más bello que todas los vitrales de la catedral de Colonia es el *lumen* que existe en el fondo de nuestras almas, por el que nos extasiamos cuando vemos esta catedral. Es una claridad existente en nosotros, un movimiento de alma, un deseo, que es más pulcro que lo que deseamos.

Imaginemos que alguien le ofreciera una flor a Nuestra Señora. Ésta miraría la rosa y esbozaría una sonrisa encantadora. Lo que había en el fondo de Ella, al encontrarse con la rosa, brilló. Pero... ¡cuánto más hermosa es la sonrisa de la Santísima Virgen que la rosa! De modo que lo que hay en el fondo de su alma vale más que lo que la hizo sonreír.

Podemos decir algo parecido de las almas que aman la catedral de Colonia. Cada vez que una persona pasa por allí y, con espíritu de fe, la mira y se emo-

Más bello que los vitrales de la catedral de Colonia es el «lumen» que existe en el fondo de nuestras almas, por el que nos extasiamos cuando la vemos

ciona —admira un vitral, una ojiva, una escultura, las torres, esa pequeña aguja entre las dos torres—, la catedral que tiene en el fondo de su alma, las maravillas que posee en germen sonríen. Y esto agrada más a Nuestro Señor en el sagrario y a Nuestra Señora en el Cielo que la propia catedral.

Cuando vemos los esplendores de la catedral de piedra, la gente que entra y sale, decimos: «¡Cómo les gusta esto a los hombres!». Y también podemos afirmar: «¡A Dios, en lo más alto del Cielo, ¡cómo le gusta esto!».

De hecho, más hermoso que la catedral es el amor que el hombre tiene por ella. Porque el hombre es la obra maestra de Dios en el universo visible. Y to-

dos los movimientos de alma que existen en nosotros, que nos llevan a amar aquello que Dios ha hecho o que el Espíritu Santo ha sugerido para gloria de Dios, son más hermosos que las cosas materiales realizadas por el hombre.

Sonreímos ante la catedral; el Creador y María Santísima nos sonríen a nosotros. Exactamente como en el caso de la rosa. El oferente de esta flor sonreiría al ver a Nuestra Señora sonreír ante la rosa. Y diría: «Esa sonrisa es más hermosa que la rosa. El alma que vio la rosa es más pulcra que la rosa vista por ella».

Así es el *pulchrum* que hay en el fondo del alma del inocente. Se trata de una forma de luz, que consiste en el anhelo, en el deseo, en la voluntad de encontrar algo que no sabemos qué es, pero cuando la encontramos nos damos cuenta de que lo estábamos buscando. Y en ello reside el carácter enigmático de este fenómeno.

Los grandes encuentros de nuestra vida

Hay un dicho francés muy cierto, que de vez en cuando repito en estas exposiciones: «El que no sabe lo que busca, no sabe lo que encuentra». Sin embargo, tiene sus limitaciones. A ve-

ces los grandes encuentros de nuestra vida ocurren con cosas que buscábamos sin saberlo, porque son inefables; es decir, no hay palabras capaces de expresarlas adecuadamente.

Lo mejor de nuestra alma está en lo que buscamos, pero no tenemos palabras para expresarlo; y cuando lo encontramos, no tenemos palabras para elogiarlo lo suficiente. Y en este encuentro de lo inexpressable con lo que está por encima de todo elogio, se forma un arco, que da alegría a nuestra alma. Ahí reside el sentido de nuestra vida.

Un hombre que a lo largo de su vida ha encontrado lo que debía buscar puede decir: «¡He vivido!». Si no lo encontró, en el momento de su muerte puede decir: «He andado por la vida como un perro sin dueño. He comido de los cubos de basura, he bebido de las alcantarillas, he descansado al relente, en el barro, bajo la lluvia o el sol, pero no he vivido. Porque no encontré una mano amiga que me agradara, un buen dueño que me acariciara. Fui hecho para la fidelidad, para servir, pero no encontré a nadie a quien servir. He pasado una vida vacía y moriré de todos modos».

Cuando el niño se convierte en joven, luego en hombre, etcétera, esa búsqueda va siendo satisfecha por las circunstancias de la vida, porque encuentra, ya en los primeros vislumbres —si está buscando realmente—, la sabiduría.

Dicen las Escrituras que la sabiduría es como una mendiga que está a la puerta de nuestras almas desde la madrugada, esperando que abramos y la recibamos (cf. Sab 6, 13-14). En realidad, tiene el esplendor de una reina, que, con sus caricias de madre, su incomparable iluminación, invita a la



El Dr. Plinio contempla la catedral de Notre Dame de París, en 1988

me entrego, y de una vez por todas. A través de la Iglesia, ¡cuántas otras maravillas que ver! En la civilización cristiana, ¡cuántas bellezas del pasado!».

La luz interior del alma inocente

Y cada uno de nosotros va construyendo una especie de museo interior, más bello que cualquier sala decorada, donde guardamos los «objetos» que poseemos. Son los recuerdos de lo que nos tocó el alma, de esos momentos en los que tuvimos tal entusiasmo, satisfacción y equilibrio que nos quedamos un poco sin aliento y sin saber qué decir.

A lo largo del tiempo hemos ido coleccionando lo que hemos visto, las impresiones que hemos tenido, los razonamientos que hemos hecho, las deliberaciones que hemos tomado,

los gestos que hemos presenciado en relación con lo verdadero, lo bueno y lo bello, pero también con lo mentiroso, lo malo y lo feo, que constituye el horror simétrico con lo bello y lo realza.

Todo esto lo vamos ordenando, explicitando nuestra propia alma con lo que seleccionamos y, al explicitarlo, progresamos en el conocimiento de nosotros mismos. En otras palabras, esa luz existente en nuestro interior se va definiendo. Nos vamos convirtiendo en ella y ella se va convirtiendo en nosotros. Mirándola, nos volvemos cada vez más ella; por otro lado, mirándonos, ella se vuelve cada vez más nosotros.

Hay una reversibilidad. La luz entra en nosotros y parece haber sido creada sólo para ser nosotros. Exactamente como un hermoso vitral sobre el cual incide un rayo de sol: lo atraviesa tan bien y transmite una luz tan bonita, que se diría que el sol existe para que ese

Lo mejor de nuestra alma está en lo que buscamos, pero no tenemos palabras para expresarlo; y cuando lo hallamos, no tenemos palabras para elogiarlo

inocencia a seguirla. Y la inocencia que recorre el camino de la sabiduría es el pedúnculo, la raíz de la santidad.

Así pues, esa inocencia que se deja guiar por la sabiduría hace que el hombre encuentre muy pronto a la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana y diga: «Aquí hay un misterio. ¡Ésta es la maravilla de las maravillas! A ella

rayo incida sobre ese vitral. Durante todo el día abrasa el vitral, reflejándose y esparciendo por el suelo rubíes, esmeraldas, zafiros o topacios, y luego se marcha a acostarse porque ha cumplido su tarea. Empieza a anochecer.

Da la impresión de que el sol vive para esa joya proyectada en el suelo, que camina mientras él se mueve; el astro rey va transformando cada centímetro del granito, sucesivamente, en una joya. Hasta que, cumplida la tarea, la joya se desvanece y el sol se esconde. Ya no se ve su reflejo en el suelo, sino sólo en el vitral. Y hasta los últimos destellos del día, miramos ese trozo de vitral que nos encantó: verde, rojo, azul, amarillo. Cuando el sol se pone del todo, dan ganas de decir: «Yo también me voy a dormir, porque he tenido un día completo. ¡He visto la joya atravesando el granito de la catedral!».

Estos encuentros de alma, que definen la vida del inocente, expresan algo que nos diría más o menos lo siguiente: «Has sido hecho para eso; eso ha sido hecho para ti. Y lo amas tanto que se diría que eso eres tú, o tú eres eso. Y cuando hablas de eso, aunque eso no esté presente, se tiene la impresión de verlo, porque está en tu alma. Y, presente en tu alma, tal vez sea visto más bellamente que en su realidad policromada y material».

Belleza quintaesenciada y superior

Todos se dan cuenta de que todo esto es un modo de afirmar: *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, creatorem cæli et terræ, visibilium omnium et invisibilium* —Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

¿Por qué Dios? Porque el hombre sabe perfectamente que un trozo de vidrio es un trozo de vidrio, y el sol no es

más que el sol. Y que todo eso sería una ilusión si no fuera la expresión de un Ser infinitamente mayor, que se oculta a nuestros sentidos, pero se muestra a través de estos símbolos. Todo esa maravilla sería absurda si ese Ser no existiera. Ahora bien, como no es posible que tanto orden y tanta belleza sean absurdos, se impone la conclusión: ¡es eso!



Cristo bendiciendo - Sainte-Chapelle, París

Al amar estas maravillas, en el fondo amamos al purísimo Espíritu que creó todo esto para decirnos: «¡Hijo mío, soy tu catedral!»

Sin percibirlo, al amar ese rubí, ese juego de luces, ese vitral, al amar el alma que ama ese vitral, en el fondo amamos aún más al purísimo Espíritu, eterno e invisible, que creó todo eso para decirnos:

«Hijo mío, yo existo. Ámame y entiende: esto es semejante a mí; pero, sobre todo, por muy bello que esto sea, yo soy infinitamente distinto a esto, por una forma de belleza tan quintaesenciada y superior, que sólo cuando me veas de verdad te darás cuenta de lo que soy. Ven, hijo mío, te estoy esperando. Lucha un poco más y te mostraré bellezas aún mayores en el Cielo, en proporción a lo grande y dura que sea tu lucha. Cuando estés preparado para ver lo que yo quería que vieras cuando te creé, te llamaré.

»¡Hijo mío, yo soy tu catedral! ¡La catedral demasiado grande! ¡La catedral demasiado hermosa! La catedral que hizo florecer una sonrisa en los labios de la Virgen como ninguna joya, ninguna rosa, ninguna de las meras criaturas que conoció, la hizo florecer».

Esta catedral es Nuestro Señor Jesucristo. Es el Corazón de Jesús, que depositó armonías inefables en el Corazón de María. Allí lo conoceremos.

Cuando vemos monumentos como la catedral de Colonia, tenemos una cierta sensación de lo demasiado grande, de lo demasiado delicioso, que no guarda proporción con nosotros, pero hacia el cual volamos; es la esperanza del Cielo. ❖

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XIII.
N.º 152 (nov, 2010); pp. 30-35.

¹ Cuando el Dr. Plinio pronunció esta conferencia tenía 60 años.

San Timoteo



Père Igor (CC by-sa 3.0)

Una biografía escrita por Dios mismo

Hijo y hermano espiritual de San Pablo, apóstol salido de las manos del Apóstol, prototipo de obispo, mártir de la increpación. Su historia nos la cuenta el propio Dios.

✠ **Ángelo Francisco Neto Martins**



Hay dos tipos de biografías que conforman el encanto de la historia: por un lado, la de los ilustres, de los famosos, de los héroes que cabalgan en el esplendor del día; por otro, la de los que hicieron del misterio su morada, cuyos más bellos rasgos de alma ha escapado a la fascinación humana, dejando solamente entrever un enorme fulgor detrás del enigma.

De entre tales epopeyas aureoladas de penumbra, como la de Enoc, de Melquisedec o de Elías, emerge la de un varón cuyo nombre es tan conocido por los cristianos como ignorada su historia: San Timoteo.

Su vida esquivó la pluma de los hombres. Por eso, Dios mismo se encargó de narrarla, inscribiéndola en la Biblia, el libro más sagrado entre todos. En los Hechos de los Apóstoles, en las epístolas paulinas e incluso en el Apocalipsis aparecen aquí y allá trazos de esa personalidad desconocida pero célebre.

El primer capítulo de esta odisea está redactado, según costumbre del divino Autor, con letras rectas en renglones torcidos.

Confiscado por San Pablo

Al unísono con Bernabé, San Pablo hacía resonar en Iconio el peligroso nombre del Crucificado..., más arriesgado aún, del Resucitado. El pueblo, enconado por los judíos, se alzó para apedrear a los predicadores, que huyeron hacia Listra, ciudad distante unos cuarenta kilómetros (cf. Hch 14, 1-7). Florecía la primavera del año 40 d. C.

En esa pequeña localidad de Licaonia tomaron como cuartel general la casa de Eunice, una piadosa judía casada con un griego, cuya hospitalidad

fue más que recompensada. De hecho, de toda la población, el campo que mejor recibió la semilla del Evangelio fue su hijo Timoteo.

Preparado para la gracia con una esmerada educación religiosa (cf. 2 Tim 1, 5), fue un terreno fértil para la Buena Noticia. Y San Pablo, regándola con el agua del bautismo, hizo fecundar la inhabitación de la Trinidad.

Sin embargo, al Apóstol no le sería dada la alegría de ver los primeros brotes de su sementera. Estando a punto de ser adorado en esa ciudad a causa de un milagro, casi es apedreado por negarse a ser un dios más en el panteón licaoniano. Y así dejaba a Dios la continuación de este libro que acababa de empezar: ese Timoteo de 12 años.

De hijo a hermano

Unos ocho años más tarde el Apóstol regresó a aquella región y se encontró con los frutos de su trabajo. No sólo eso: también descubrió el apoyo para las nuevas angustias que lo afligían. A partir de ese día, serían dos los heraldos del Evangelio que acom-

Entre las epopeyas aureoladas por la penumbra, se halla la de ese varón, cuyo nombre es tan familiar a los cristianos como ignorada su historia

pañarían a San Pablo: Silas y Timoteo (cf. Hch 15, 40; 16, 3).

Timoteo, el «verdadero *hijo* en la fe» (1 Tim 1, 2), se convertía ahora en el «hermano y colaborador de Dios en el Evangelio» (1 Tes 3, 2).

Comenzaba entonces la etapa de oro de su vida. La del oro que se refina en el horno de la convivencia con el maestro y en el crisol de las batallas. Dejó el hogar paterno para, sin intervalos, seguir a su padre espiritual por Frigia, Galacia, Misia y Tróade; Samotracia, Neápolis y Filipos (cf. Hch 16, 6-12). Éste era el ritmo del combate apostólico que le esperaba en adelante. De ciudad en aldea, del éxito a la decepción, de la esperanza a la lucha, allá iban ellos, los soldados del Señor.

No obstante, los sufrimientos morales tonificaban a Timoteo más aún que las fatigas del cuerpo. En Filipos, Pablo y Silas fueron arrestados por expulsar un demonio; Timoteo, sin embargo, quedó fuera de las cadenas... (cf. Hch 16, 23-24). ¿Por qué no iba a merecer también él la honra de los grilletes y los azotes?

Dios diseñaba esta epopeya, pero ahora con rubescentes trazos de sangre de alma: con la soledad.

Apóstol salido de las manos del Apóstol

Ése no fue el único momento en que San Timoteo se vio privado de su inseparable amigo. Fueron muchas las misiones que desempeñó solo: fue enviado a Macedonia a una delicada tarea (cf. 1 Tes 3, 2), llevó a los corintios la primera de las cartas de aquella iglesia (cf. 1 Cor 4, 17), acudió en ayuda de los filipenses (cf. Flp 2, 19).

Con todo, el gran Apóstol de las gentes se separaba de su amado discípulo únicamente cuando las circunstancias no le permitían otra cosa: «No pudiendo aguantar más —escribía añorante—, preferimos quedarnos solos en Atenas y enviamos a Timoteo» (1 Tes 3, 1-2). A los

corintios les exhortaba vivamente que lo devolvieran sin demora: «Que venga adonde yo estoy, pues lo estoy esperando» (1 Cor 16, 11)...



Eunice y Timoteo - Iglesia de San Lorenzo, North Hinksey (Inglaterra). En la página anterior, San Timoteo - Iglesia dedicada a él en Paussac-et-Saint-Vivien (Francia)

Preparado para la gracia con esmerada formación religiosa, Timoteo se convirtió en el principal fruto del apostolado de San Pablo en Listra

Poco antes de su martirio, le imploraría directamente a su hijo en la fe: «Procura venir enseguida a mi lado» (2 Tim 4, 9).

Unidos en la acción, aún más lo estaban en la caridad. Esto es lo que dice Pablo acerca de Timoteo: «mi colaborador» (Rom 16, 21), el «hijo querido» (2 Tim 1, 2), el «hombre de Dios» (1 Tim 6, 11), «Timoteo, el hermano» (Col 1, 1), el «buen soldado de Cristo Jesús» (2 Tim 2, 3) que «trabaja en la obra del Señor como yo» (1 Cor 16, 10).

Como San Pablo... Era, por tanto, el *alter ego*,¹ el «otro yo» del gran San Pablo. «No tengo a nadie —añadiría en la Epístola a los Filipenses— *tan de acuerdo conmigo* que se preocupe lealmente de vuestros asuntos. [...] Conocéis *su probada virtud*, pues se puso conmigo al servicio del Evangelio como un hijo con su padre» (Flp 2, 20,22).

Él era el descanso del infatigable, el refrigerio de esa alma de fuego, el apóstol salido de las manos del Apóstol.

La última prueba de amor

El único momento en que la ausencia de Timoteo en los Hechos de los Apóstoles nos sorprende es durante el último viaje de San Pablo. Sigue a su padre espiritual en la subida a Tierra Santa; sin embargo, de esta ocasión no sabemos nada del discípulo omnipresente. No se le menciona con Pablo en Jerusalén, ni en Cesarea, ni siquiera de camino a Roma. Lo cierto es que aparece como coautor de las cartas desde la prisión romana: a los filipenses, la segunda a los corintios, a Filemón, componiendo así las seis cartas que suscribe con San Pablo.²

Sintomático: tras un período de discreción, el aprendiz empezaba a «coejer» las funciones del fundador. Es la señal de que ya estaba plenamente configurado por la convivencia con él y por imitarlo en todo: «Tú», escribiría Pablo al discí-



pulo perfecto, «me has seguido en la doctrina, la conducta, los propósitos, la fe, la magnanimidad, el amor, la paciencia, las persecuciones y los padecimientos, como aquellos que me sobrevinieron» (2 Tim 3, 10-11).

Había llegado, pues, el momento de la postrera misión. Movido por las profecías sobre la vocación de Timoteo (cf. 1 Tim 1, 18), San Pablo ya lo había elevado a la condición episcopal (cf. 2 Tim 1, 6). Ahora le legaba la parte más preciada de su herencia: la iglesia de Éfeso.³

Obispo encarcelado

La célebre urbe de la Antigüedad, situada junto al mar Egeo, estaba destinada a mayores glorias en la era cristiana. De hecho, la Virgen, apartándose de la vieja Sion, se instalaría en ese «corazón del campo de apostolado de los discípulos»⁴ que era Éfeso.

Allí vivió Ella con San Juan, desde el comienzo de las persecuciones antitiristianas en Jerusalén hasta el final

de su vida terrena. Allí la habrá conocido Timoteo cuando acompañaba al Apóstol durante tres años de predicación (cf. Hch 20, 31). De allí partió Ella hacia el Cielo. Desde allí se extenderían los primeros brotes de la devoción mariana. Allí, siglos después, sería proclamada solemnemente como la Virgen Madre de Dios.

De entre los galardones marianos, a los efesios no les faltaría el mayor de todos los honores: la lucha, dentro y fuera de la comunidad. Fuera, el paganismo blasonaba del afamado templo de la ciudad, persiguiendo a quienes se oponían al grito: «¡Grande es la Artemisa de los efesios!» (Hch 19, 28). Dentro, abundaban «supuestos maestros de

La batalla interna y externa de la iglesia de Éfeso sería la digna misión de Timoteo, lo que llevó al Apóstol a motivarlo: «Sostén el noble combate»

la ley» (1 Tim 1, 7) que echaban la cizaña en los sembrados de Pablo.

Batalla interna y externa, digna misión para San Timoteo. No sin razón, el maestro le advertía: «Timoteo, hijo mío, te confío este encargo [...] para que combates el noble combate» (1 Tim 1, 18).

De los primeros enfrentamientos del obispo no sabemos nada, salvo el odio que suscitó. Y, por su magnitud, lo doloroso de los golpes que asestó. En efecto, durante el período comprendido entre los dos encarcelamientos de San Pablo en Roma, Timoteo fue detenido y liberado (cf. Heb 13, 23).

Lejos de su padre, el Señor no dejaría de redactar la biografía de su Timoteo. En esos párrafos lo haría a través de la pluma de San Pablo.

Correspondencia con su padre

La estrecha convivencia que sustentaba a ambos continuaba por medio de cartas. No obstante, sólo han quedado dos epístolas dirigidas al discípulo.

La primera de las misivas perfila al prelado ideal y las normas con las que debe pastorear su rebaño: «Conviene que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, sensato, ordenado, hospitalario, hábil para enseñar» (1 Tim 3, 2). A Timoteo, concretamente, San Pablo le ordena que se haga respetar pese a sus jóvenes 40 años (cf. 1 Tim 4, 12).

Sin embargo, la segunda epístola es más íntima y, casi podríamos decir, confidencial. Suele ser considerada el testamento de San Pablo. En ella, el Apóstol derrama los secretos de su corazón, susurrando a través de su pluma tan a menudo atronadora: «Te tengo siempre presente en mis oraciones noche y día. Al acordarme de tus lágrimas, ansío verte, para llenarme de alegría» (2 Tim 1, 3-4).

¿Qué lágrimas eran esas? Ciertamente, las de una nostalgia indecible de la época en la cual sentía en sí aquel ambiente primaveral de los primeros tiempos de su vocación. Por eso le exhortaba: «Te recuerdo que reavives el don de Dios» (2 Tim 1, 6).

Sólo eso podría consolar y sostener al discípulo desde el momento en que ya no leería aquellas letras tan fuertemente estampadas en el pergamino. Su padre y fundador subiría, poco después, mucho más allá del tercer Cielo (cf. 2 Cor 12, 2)..., sin retorno.

Dios estaba preparando entonces la última estrofa de su epopeya. Siempre en renglones torcidos.

Mártir de María

El mundo parecía vacío debido a la ausencia de Pablo. Únicamente su úl-



Francisco Lecaros

San Pablo consagra obispo a San Timoteo, de Ludwig Glöttle - Catedral de San Ruperto, Salzburgo (Austria)

timo consejo —reavivar la llama del don de Dios— llenaba este vacío. Quizá fue en una ocasión en que meditaba sobre ello cuando llegó a manos de Timoteo un largo pergamino procedente de la isla de Patmos. San Juan le enviaba un libro lleno de misterios, que la posteridad llamaría Apocalipsis. En el manuscrito, cartas a cada uno de los ángeles de las siete iglesias de Asia. «Ángel» aquí, como tantas otras expresiones apocalípticas, alberga más de un significado, y el que seguramente más le interesó a Timoteo era el de obispo. Sobre todo, cuando percibió que la primera misiva iba dirigida al ángel —u obispo— de Éfeso.⁵

¡Qué sorpresa! Parecían las postres palabras de San Pablo: «Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: [...] Conozco tus obras, tu fatiga, tu perseverancia [...]. Tienes perseverancia y has sufrido por mi nombre y no has desfallecido. Pero tengo contra ti que has abandonado tu amor primero» (Ap 2, 1.3-4).

No, no permitiría que, cuando llegara a la otra vida, volver a oír semejante amonestación de boca del divino Juez. Redobló su entusiasmo, inflamó aún más su dedicación, multiplicó sus osadías.

Se dice que el 22 de enero del año 97, la vehemencia de ese fuego, tan nuevo y tan viejo, irrumpía el umbral de su corazón. Era un día festivo para los efesios. Ebrios de paganismo y enloquecidos por el orgullo, exhibían el ídolo de Artemisa.

Esta diosa era una satánica imitación, una inmundicia falsificación de la Virgen Madre de Dios. Una deidad *sui generis*, que adoraban como diosa de



Martirio de San Timoteo – Museo de Arte Walters, Baltimore (Estados Unidos)

la virginidad y la maternidad; a la vez virgen y dispensadora de fertilidad.⁶ Su impúdica estatua debió hacer vibrar de indignación el alma de Timoteo. Ciertamente llevado por el recuerdo de María Santísima, a quien había conocido en aquella ciudad, increpó a los idólatras.

La reacción fue de odio. Se lanzaron sobre el obispo y, con palos y piedras, lo elevaron a la excelsa condición de mártir. El primero de ellos, tal vez, en tener el honor de derramar su sangre por María.

Dios ponía el punto final a la historia terrena de su Timoteo. Es decir, trazaba en ella la cruz.

«Sois carta de Cristo»

Hijo y hermano de San Pablo, apóstol del Apóstol, prototipo de los obispos, mártir de la increpación y de la devoción mariana. Tanta grandeza inmersa en las brumas de su vida que sólo nos ha llegado porque Dios la ha revelado.

Grandeza ésta que provenía esencialmente de una disposición de alma del santo: ofrecer su alma a Dios como

Ardiendo de celo por la honra de la Madre de Dios, San Timoteo mereció la excelsa condición de mártir, quizá el primero en dar su sangre por María

un libro limpio, puro, vacío de sí. En las blancas páginas de la modestia, el divino Artista escribió una epopeya inimaginable, un auténtico mito —¡un mito verdadero!— que se proyectará en la eternidad, un himno de perpetua gloria al Creador.

San Pablo nos lo recuerda en una epístola firmada también por San Timoteo: «Sois carta de Cristo, redactada [...] no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones de carne» (2 Cor 3, 3). ❖

¹ Son ésas las palabras utilizadas por Benedicto XVI (cf. Audiencia general, 13/12/2006. In: *Insegnamenti di Benedett XVI. 2006 [luglio-dicembre]*. Città del Vaticano: LEV, 2007, t. II/2, p. 807).

² A saber: a los colosenses, a los filipenses, la segunda a los co-

rintios, las dos a los tesalonicenses y a Filemón.

³ Cf. EUSEBIO DE CESAREA. *Historia Eclesiástica*. L. III, c. 4, n.º 5. Madrid: BAC, 2008, p. 124.

⁴ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los*

hombres. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, p. 541.

⁵ Sobre la hipótesis de que la carta del Apocalipsis al ángel de la iglesia de Éfeso estuviera dirigida a San Timoteo, véase: MUNIESA, D. «Timoteo». In: ROPERO BERZOSA, Alfonso

(Ed.). *Gran diccionario enciclopédico de la Biblia*. 7.ª ed. Barcelona: Clie, 2021, p. 2491.

⁶ Cf. ELIADE, Mircea. *História das crenças e das ideias religiosas*. Rio de Janeiro: Zahar, 2010, t. I, p. 266.



Piedad luciliana

Educada en el seno de una familia tradicionalmente católica, la vida de Dña. Lucilia revela diversas expresiones sensibles de la fe de sus antepasados.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Uno de los sitios preferidos de Lucilia para sus ejercicios de piedad, dirigidos a la Madre de Dios, era el convento de la Luz, de São Paulo. Cobijo de bendiciones y de gracias, nunca había dejado de recibir sus visitas desde que, siendo aún muy niña, había llegado de Pirassununga, su ciudad natal. En ese lugar era donde lo sobrenatural más le tocaba el alma.

Las «píldoras» de fray Galvão

Quien se dirigiese en carruaje desde el barrio de los Campos Elíseos hasta el convento, como era entonces el caso de Lucilia —siempre en compañía de su madre, Dña. Gabriela— en menos de diez minutos vería erguirse, un poco más allá del jardín de la Luz, el edificio blanco de las religiosas concepcionistas.

El fundador del convento, San Antonio de Santa Ana Galvão, había sido un hombre de virtud eminente. Cuentan las crónicas que un día fueron a pedirle oraciones por un joven que sufría terribles dolores provocados por cálculos en la vesícula. Iluminado por una súbita inspiración, el fraile tomó una pluma y escribió tres veces en una tira de papel este versículo del oficio

de la Santísima Virgen: *Post partum Virgo, inviolata permansisti; Dei Genitrix intercede pro nobis* —Después del parto, oh Virgen, permaneciste intacta; Madre de Dios, intercede por nosotros. Hizo con él una minúscula

bolita y ordenó que se la diesen al enfermo para que se la tragara. Tras ingerirla, el chico se sintió curado casi instantáneamente, y desde entonces se hicieron famosas las «píldoras» o «papelitos» de fray Galvão, que continuaron siendo repartidos por las monjas después de la muerte del taumaturgo, obrando curaciones y conversiones, hasta nuestros días.

Confiada en la poderosa intercesión de fray Galvão para curar las dolencias del hígado y de la vesícula, que molestaban cada vez más a su hija, Dña. Gabriela, de regreso a casa, no dejaba nunca de llevarse una reserva de dichos «papelitos». La joven Lucilia los tomaba todos los días, después de rezar la novena a fray Galvão, pidiéndole que la curase o, al menos, atenuase su enfermedad. Durante toda su vida continuó recurriendo al entonces siervo de Dios —y hoy, primer santo brasileño canonizado—, rogándole diversas gracias.

El oratorio de la Inmaculada Concepción

Con respecto a la devoción mariana de Dña. Lucilia, cabe mencionar otro pequeño recuerdo relacionado con una imagen de la Inmaculada Concepción que la acompañó hasta sus últimos días.



Fotos: Reproducción

Desde los añorados tiempos de su juventud, Lucilia conservará una especial devoción a la Inmaculada Concepción y al divino Espíritu Santo

Imagen de la Inmaculada Concepción que perteneció a Dña. Lucilia, y facsímil de la oración al Espíritu Santo que rezaba

Desde aquellos añorados tiempos de Pirassununga, Dña. Lucilia conservará un gusto especial en rezar delante de una imagen de la Inmaculada Concepción perteneciente a su familia. Jamás se separará de ella, conservándola en su dormitorio, en las sucesivas casas en las que vivió tras el fallecimiento de su madre. Entre otras razones estaba la de haber sido esa imagen objeto de particular devoción de Dña. Gabriela.

Esculpida en madera, había sido traída de Portugal a mediados del siglo XIX, mostrando a un mismo tiempo la auténtica piedad y la sensibilidad artística del escultor. A fin de exponerla más dignamente a la veneración de todos, el Dr. Antonio, padre de Dña. Lucilia, decidió colocarla en un oratorio apropiado. Y allí mismo, en Pirassununga, encargó la tarea a un carpintero que trabajaba junto con su hermana. Curiosamente, ambos eran sordomudos, pero, en contrapartida, fueron dotados por Dios de un extraordinario talento para tallar la madera, hasta el punto de fabricar muebles de estilo dignos de figurar en los mejores salones.

No dejaba de ser singular cómo personas tan humildes, sin mayor cultura ni contacto con los grandes centros urbanos, tenían tanta sensibilidad artística.

El sencillez oratorio era un ejemplo de ello. Años después, un anticuario le ofrecería una suma considerable. Sin embargo, para ella, un objeto que su añorado padre había encargado y al que le unían tantos recuerdos, no tenía precio.

«Protégeme con tu inagotable bondad»

Profundamente católicos, los padres de la joven Lucilia procuraron transmitir a sus hijos el precioso don de la fe, recibido en el bautismo y heredado de sus mayores.



La joven Lucilia tomó al Sagrado Corazón de Jesús como modelo. En Él estaba la fuente del afecto que desbordaba en sus relaciones con los demás

Lucilia con 16 años

Ejemplo de esto es una oración al Espíritu Santo, encontrada entre los papeles que Dña. Lucilia dejó. En ella no reconocemos su artística letra. ¿Quién la habrá escrito? Un rasgo decidido, aunque delicado, nos lleva enseguida a distinguir, en sus trazos, la caligrafía de Dña. Gabriela.

La oración había sido compuesta por el Dr. Antonio, y Dña. Lucilia la guardó durante toda su vida como entrañable recuerdo de la solicitud paterna.

Copiada de puño y letra por Dña. Gabriela, a fin de que su hija la rezara frecuentemente, es un luminoso reflejo del ambiente de candor y piedad que envolvía a la familia de los Ribeiro dos Santos.

«Espíritu Divino, Creador del universo, presente en el Hombre Hijo de María Virgen para salvar a la humanidad, guiándola por el camino de la virtud y de la perfección hacia la paz

perpetua en el seno de Dios; tú que estás en todas partes, manifestando tu infinito poder, humildemente te pido, perdona mis culpas, ilumina y fortifica mi espíritu en todos los actos de mi vida, para que mis acciones estén siempre de acuerdo con los eternos preceptos de Jesús, y pueda, practicando el bien y teniendo sincero arrepentimiento de mis pecados, purificar mi alma, haciéndola merecedora de tu Reino. Protégeme con tu inagotable bondad en Jesús para que los impulsos malos no me suplan ten ni ofusquen la razón, y pueda gozar en la mansión de los justos de la eterna vida prometida por Jesús a sus hijos. Amén».

El Sagrado Corazón de Jesús, devoción de toda una vida

Pero para cada cual la Providencia tiene sus vías. Y aunque Dña. Lucilia conservaba durante toda su larga existencia una gran devoción al Espíritu Santo —fruto, seguramente, de la solicitud de sus padres— desde muy joven se dejó embriagar por las suaves llamadas del Sagrado Corazón de Jesús, a quien tomó como modelo.

En Él estaba la fuente del enorme afecto que desbordaba en sus relaciones con los demás. Afecto compuesto de alegría, de esperanza, que contenía en sí un grado de amistad, de perdón y de bondad tan entrañados y generosos que sería difícil concebirlos iguales.

Dirigida así su atención hacia el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestra Señora de la Peña, su madrina, la juventud de Lucilia íntegra transcurrió al abrigo de aquel aristocrático y bendito hogar. ❖

Extraído,
con pequeñas adaptaciones,
de: *Doña Lucilia*.
Città del Vaticano-Lima: LEV;
Heraldo del Evangelio,
2013, pp. 91-95.



Fotos: Rogério Baldasso

Italia – En la segunda quincena de octubre la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María recorrió la isla de Lípári (fotos 1, 2 y 5), la mayor del archipiélago de las Eolias, así como las localidades de San Filippo Inferiore y San Filippo Superiore (fotos 3 y 6) y la ciudad de Messina (foto 4), Sicilia. Celebraciones eucarísticas, adoración al Santísimo Sacramento, rosarios meditados, procesiones, catequesis y visitas a hogares, residencias de ancianos, escuelas y centros comerciales marcaron los venturosos días de misión mariana.



Ambrosio Ngulele

Hamilton Langa

Samissone Novela

Mozambique – Una labor continua y fructífera ha sido desarrollada por los sacerdotes heraldos en ese país. En las fotos, misas dominicales en la Comunidad Beata Clementina Anuarite (foto 1) y en la Comunidad San José Obrero de Matola-Gare (foto 3), y actividad de catequesis con los niños de la Infancia Misionera de la Comunidad San Pedro y San Pablo, realizada en la casa de los heraldos de Maputo (foto 2).



Misas por el alma de Mons. João

Diversas misas fueron oficiadas por el eterno descanso de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio, fallecido el pasado 1 de noviembre. Las celebraciones eucarísticas tuvieron lugar en España, Por-

tugal, Italia, Canadá, Estados Unidos, México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Honduras, República Dominicana, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay e India, así como en veintiuna ciudades de Brasil.

Stephen Nami



Caieiras (Brasil)



Colombia



Caieiras (Brasil)

Stephen Nami

Leonardo Leibante



Juiz de Fora (Brasil)



España



El Salvador

Iván Teitel

Víctor Serrano



Costa Rica



Piraquara (Brasil)



Paraguay

Federico Monzón

Douglas Esteves



Joinville (Brasil)



Lauro de Freitas (Brasil)



Guatemala

Roberto Salas



Eduardo Barros



Fotos: Valdecilzabel

Daniel Gomes



Fabio Batista

Eduardo Barros



Fotos: Jairo Aracena

Primera comunión y confirmación

A través de los sacramentos, la Santa Iglesia distribuye la gracia a sus hijos, guiándolos por las vías de la santidad. Así pues, los Heraldos del Evangelio prestan especial atención a la preparación de aquellos que recibirán los sacramentos de la iniciación cristiana.

En las fotos, ceremonias de confirmación en Brasil: en la iglesia de San Salvador de Lauro de Freitas, Bahía (foto 1), en la

casa de la institución de Campos dos Goytacazes, Río de Janeiro (fotos 2 y 3), y en la parroquia de Nuestra Señora de la Divina Providencia de Belo Horizonte (foto 5); y primeras comuniones: en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima de Coitia, São Paulo (foto 4) y en la citada iglesia de Lauro de Freitas (foto 6); así como en la capilla del monasterio de San José de Surco (foto 7) y en la casa de los heraldos de Lima (foto 8), en Perú.



Fotos: Francisco Tobón

Colombia – En el mes de noviembre, numerosas personas que ya se consagraron a la Santísima Virgen como esclavos de amor se reunieron para honrar a la Madre de Dios en la catedral Ecce Homo, de Valledupar (foto 1); en la parroquia de Jesús de la Misericordia (foto 2) y en la catedral San Ezequiel Moreno (foto 3), de Pasto; y en la parroquia de Nuestra Señora de Torcoroma, de Barranquilla.



Fotos: João Paulo Rodrigues

Simposios – Con el fin de crecer en el conocimiento y el amor a la Santísima Virgen, y así prepararse mejor para la evangelización, cooperadores de los Heraldos del Evangelio y familias amigas participaron en simposios de formación realizados en las ciudades brasileñas de Montes Claros (foto 1), en Minas Gerais, y Piraquara (fotos 2 y 3), en Paraná, en el mes de noviembre.



Marion Fernandes

Holywins – Con la alegría propia de los inocentes, niños de Río de Janeiro (foto 2) y de Piraquara, (fotos 1 y 3), participaron en las festividades de la solemnidad de Todos los Santos, celebrada este año el 3 de noviembre en Brasil, vistiéndose como sus santos favoritos, a fin de reflejar en la tierra las virtudes de quienes ya llegaron al Cielo.



Elegido por Dios, apreciado por los hombres

Si todavía hoy nos extasían las construcciones góticas, es porque alguien fue capaz de expresar en la arquitectura el ambiente del Cielo.

✠ **João Luis Ribeiro Matos**



Abad de Saint-Denis, embajador real ante las cortes pontificias, primer ministro y consejero del rey Luis VI, regente de Francia durante la segunda cruzada... Así podríamos comenzar la exhaustiva enumeración de los atributos de uno de los más grandes hombres de Estado del siglo XII.

Sin embargo, tales prerrogativas por sí solas no nos moverían a tributarle nuestra admiración. ¡Cuán ilusoria y pasajera es la alabanza de los hombres! Junto a sus glorias terrenas, el inolvidable abad Suger aparece en el firmamento de la civilización medieval como ejemplo de virtud. Sobre todo, nos maravilla el hecho de que haya correspondido a una alta vocación: trasladar el ambiente del Cielo a la realidad visible de esta tierra.

Dotado de admirable inteligencia

El futuro abad vino al mundo en el seno de una familia sencilla y piadosa, entre 1081 y 1082. El lugar de su nacimiento sigue siendo incierto y discutido por los historiadores. Pero más que su ciudad natal, su nombre quedaría ligado para siempre al lugar donde recorrió gran parte de su itinerario: la célebre abadía benedictina de Saint-Denis.

Las benditas paredes de esta abadía reciben al pequeño Suger cuando tan sólo tiene 10 años. Sus padres lo entregan como oblató en manos del abad Yves, confiándole su educación. En poco tiempo, el joven destaca por su propensión y encanto para los estudios, por lo que pronto es puesto junto a los alumnos más aplicados. Entre ellos, Suger encuentra como compañero de estudios al príncipe real Luis, con quien entabla una sincera amistad. Durante diez años, de 1094 a 1104, el noble comparte el mismo trabajo y distracciones con el hijo de un campesino.

A los 23 años, Suger pide el hábito benedictino. El abad Adán lo acoge paternalmente y, discerniendo en él un excelente talento intelectual, lo envía a estudiar a otras escuelas importantes de Europa. Se dice que poseía una admirable elocuencia y una prodigiosa memoria, conservando para siempre lo que había pasado ante sus ojos tan sólo una vez.¹

Además de sus cualidades intelectuales, Suger muestra una gran responsabilidad y sentido del orden. Por este motivo, al cabo de unos años Adán le confía el priorato de Toury-en-Beauce, el primero de los monasterios dependientes de Saint-Denis.

Abad de Saint-Denis

A medida que pasan los años, las responsabilidades confiadas a Suger crecen en importancia. En todas ellas obra con precisión y tiene éxito.

En el año 1122, el rey lo nombra su consejero y lo envía como embajador ante el Santo Padre Calixto II. En el camino de regreso, le comunican el fallecimiento del abad Adán y que los monjes ya lo habían elegido su sucesor. Por lo tanto, Suger debe ocupar la sede abacial de Saint-Denis.

En su nuevo cargo, el benedictino se enfrenta a una situación crítica: el monasterio carece de recursos económicos y, sobre todo, muestra una escandalosa decadencia de las costumbres. La abadía se parece más a una residencia principesca que a un cenobio religioso. Cortesanos y nobles, civiles y militares deambulan por los recintos internos del edificio con total libertad. Desafortunadamente, el veneno del mundo también había penetrado hasta cierto punto en el alma de Suger y se apresura a remediar la crisis financiera, descuidando su misión principal de velar por las almas.

Saint-Denis no era la única abadía en la que el espíritu de San Benito se había desvanecido. Más bien, era sólo

un ejemplo de la situación en la que se encontraba un gran número de monasterios benedictinos, muchos de ellos afiliados a la reforma de Cluny.

La decadencia de esta institución coincide históricamente con el florecimiento de la familia cisterciense. Encantados por la figura seráfica de fray Bernardo de Claraval, los monjes blancos habían abrazado una conducta de total renuncia al mundo y rigurosa observancia de la regla benedictina. No es de extrañar que, en poco tiempo, surgieran fricciones entre ambos modos de vida.

Entre calumnias y verdades, la pelea de cistercienses y cluniacenses llega a su clímax. Es menester una intervención seria que resuelva el problema. Movido por la obediencia, San Bernardo escribe una *Apología* en defensa del estado religioso. La obra destaca, inicialmente, cómo todas las órdenes deben vivir en armonía en el seno de la Iglesia, formando en ella un solo cuerpo. A continuación, denuncia enérgicamente las desviaciones de ciertos monasterios cluniacenses, mostrando cómo habían abandonado el espíritu religioso. Atento a los detalles, recrimina, entre otros puntos, la ausencia de mortificación en la comida y en el descanso, el desmedido fausto de algunos abades y superiores, y las decoraciones mundanas de algunas iglesias y edificios.

Esta denuncia, sumada al modelo de integridad que era el propio San Bernardo, mueve a Suger a reformar su comunidad. El fervor del abad al celebrar el santo sacrificio, la piedad con que asistía al canto del oficio y su celo por la liturgia brillan ahora como edificantes ejemplos para los monjes que, como él, desean plenamente una vida de austeridad y perfección. Y el vínculo contraído entre ambos abades desde entonces se mantendría hasta que la muerte los separara. En los planes de la Providencia, el santo de Cla-

raval se había convertido no sólo en el factótum, sino en la luz misma que iluminaba el vitral del alma de Suger. Y muy pronto ese rosetón produciría magníficos reflejos.

Pionero de la arquitectura gótica

Da la impresión de que el propio Dios «esperaba» ansiosamente la conversión de Suger para confiarle un altísimo llamamiento y recompensar su alma con nuevos dones. El Todopoderoso quería hacer de él un intérprete del Cielo para los hombres.

Un capítulo significativo en la historia de Suger fue la reforma llevada a cabo en todo el edificio de la abadía de Saint-Denis, especialmente con la construcción de un nuevo coro para la iglesia. En este emprendimiento se definió una innovación arquitectónica: columnas altas y esbeltas, con arcos que terminan en punta, hacia el cielo. Era el inicio del estilo gótico.

A juzgar por las bendiciones inherentes a las iglesias que, a partir de Saint-Denis, adoptaron el mismo es-

tilo, nos damos cuenta de que no hay proporción entre el ingenio puramente humano y las gracias vinculadas por Dios a esos edificios sagrados. Así pues, cabe plantearse una cuestión: aunque no conste en las fuentes históricas, ¿no le habrá sido revelado a Suger, bien por una voz interior, bien por una acción angélica, la manera de transformar el lugar de culto en un pequeño Cielo? ¿No podría ser este hecho el punto de partida de un nuevo régimen de gracias, del que el esplendor de la Edad Media no era sino el comienzo? A suposiciones, que nos parecen tan razonables, la historia lamentablemente no responde de forma explícita...

Las obras de restauración duran unos años y, finalmente, en junio de 1144 tuvo lugar la ceremonia de consagración del edificio. Obispos y nobles forman un solemne cortejo, encabezado por el propio rey, Luis VII. Las reliquias de los santos son expuestas para la veneración de los fieles, en particular, la urna de plata que contiene los restos mortales de San Dionisio,



Francisco Lecaros

Amonestado por San Bernardo, Suger se convirtió en un ejemplo de austeridad y perfección para los monjes de Saint-Denis

Elección de Suger como abad, de Juste d'Egmont - Museo de Bellas Artes, Nantes (Francia). En la página anterior, imagen del abad en el palacio del Louvre e interior de la basilica de Saint-Denis, París

primer obispo de París. La bendición que impregna el recinto eleva a todos a una atmósfera celestial, y parecen estar más en el Paraíso que en esta tierra.

Regente de Francia

Pasan algunos años y, en 1147, el rey se encuentra de nuevo en Saint-Denis. Bajo los arcos góticos, no está a la espera de ninguna ceremonia ni inauguración. Lo que le llevó allí fue el deseo de partir hacia Tierra Santa. En la abadía, el Papa en persona le entrega el estandarte de mando. Era el principio de la segunda cruzada. Pero ¿por qué decidió el soberano organizar sus ejércitos y marchar hacia Jerusalén?

El reinado de Luis VII presenta, tristemente, sombras inexcusables. Y uno de los graves reproches a su comportamiento es la violenta disputa contra uno de sus vasallos, el conde Teobaldo de Champaña. En 1143, el monarca devastó la región e incendió el pueblo de Vitry-sur-Marne, en los dominios del conde. Esta conducta tiránica fue duramente impugnada por San Bernardo y Suger, los cuales hicieron que el rey, tras algunas reticencias, reconociera su error y restableciera la paz. Al volver en sí, se llenó de remordimientos, especialmente por haber cometido el sacrílego e injusto crimen de prenderle fuego a la iglesia donde se habían refugiado los habitantes de Vitry.

Deseoso de hacer penitencia por su pecado, Luis VII anunció, en la Navidad de 1145, su propósito de partir hacia Tierra Santa. Los nobles enseguida lo apoyaron. El Santo Padre, Eugenio III, también se mostró de acuerdo con la iniciativa. En cambio, San Bernardo y Suger, viendo el peligro que significaba para el reino la ausencia del soberano, le aconsejaron que desistiera de su intento. Sin embargo, el rey estaba seguro de su decisión y dio orden de que se llevaran a cabo todos los preparativos para la cruzada.



En su testamento, el poderoso abad expresa arrepentimiento por los años vividos en frivolidad y pide a los monjes que imploren a Dios el perdón de sus pecados

El funeral de Suger, de Juste d'Egmont - Museo de Bellas Artes, Nantes (Francia)

Así, en junio de 1147, Luis VII marcha a Jerusalén y el peso de la nación recae enteramente sobre los hombros de Suger, nombrado regente contra su voluntad. Aquel espíritu que antes buscaba ansiosamente nuevos cargos, ahora, teniendo a su alcance el primer puesto en el reino, protesta, prefiriendo la soledad y el silencio del claustro. Sólo la obediencia al sumo pontífice le obliga a aceptar el nombramiento.

Como era de esperar, enseguida estallan las primeras revueltas y los desórdenes. Los nobles deciden apoderarse de las fortalezas reales, algunas poblaciones se levantan contra sus propios obispos, pequeños señores asaltan las tierras de los monasterios. Por si fuera poco, Roberto de Dreux, hermano del soberano, abandona la cruzada e intenta hacerse con la corona. Suger resiste y refuerza las guarniciones reales. Envía una carta perentoria a Luis VII, mostrándole el estado del reino de Francia, y obtiene de Eugenio III la excomunión para quienes intentaran perturbar la paz de la nación.

Estos acontecimientos precipitaron, sin duda, el retorno del monarca, que se produce en julio de 1149. Suger,

finalmente, pudo regresar a su abadía, no sin antes recibir, del rey y del pueblo, el merecido título de «padre de la patria».²

La muerte de un santo

De vuelta en su querida abadía, Suger pudo prepararse por fin para su encuentro definitivo con Dios. El testamento que había escrito años antes, en 1137, denota esta santa preocupación ¿Qué expresa el poderoso abad en previsión de su muerte? Arrepentimiento por sus años vividos en frivolidad y una petición a los monjes para que le supliquen a Dios el perdón de sus pecados. El humilde recuerdo de sus faltas y relajaciones le sirvieron de garantía para que, incluso en los faustos de la corte y el aplauso del mundo, mantuviera intacta su integridad y, así, pudiera comparecer ante el juicio divino con el alma limpia.

El postrer momento se asoma en el horizonte próximo de Suger a finales de 1150. La gravedad de la muerte, que amenazaba con ser inminente, le impele a pedir socorro a quien lo había liberado del pecado y que ahora podría introducirlo en el Cielo. Por medio de cartas, ambos abades se despiden de este mundo con un lenguaje sobremano elevado. En breve, también lo acompañaría San Bernardo hacia la eternidad.

Era el 13 de enero de 1151 cuando Suger sintió que había llegado su hora. Se despidió de la comunidad postrándose ante cada uno. De esta forma, quería mostrar su arrepentimiento por las posibles ofensas cometidas contra ellos. Tras este sublime gesto de humildad, el abad entrega su alma a Dios, mientras sus monjes cantan el credo. ✠

¹ Cf. DARRAS, Joseph-Épiphane. *Histoire générale de l'Église depuis la création jusqu'à nos jours*. Paris: Louis Vivès, 1877, t. 25, p. 164.

² GOBRY, Ivan. *Les moines en Occident*. Paris: François-Xavier de Guibert, 2008, t. VI, p. 119.

... por qué hay pilas de agua bendita en la entrada de las iglesias?

El refrescante contacto de la yema de los dedos con el agua bendita, seguido del superior refrigerio espiritual al hacer la señal de la cruz, suele marcar la transición entre el bullicio de la calle y la paz del recinto sagrado al entrar en una iglesia católica. Pero ¿te has preguntado alguna vez por qué ocurre esto justo a las puertas del templo?

En el Libro del Éxodo leemos que Dios le ordenó a Moisés que instalara una pila de bronce entre la Tienda del Encuentro y el altar para que Aarón y sus hijos realizaran allí las abluciones rituales previas al servicio del culto (cf. Éx 30, 17-21). Más tarde, Salomón hizo construir un gran depósito de agua, llamado *mar de bronce*, en el atrio del Templo de Jerusalén para que los sacerdotes pudieran purificarse antes de comenzar sus funciones diarias (cf. 1 Re 7, 23-26).

Según refiere Eusebio de Cesarea (cf. *Historia Eclesiástica*. L. x, c. 4, n.º 40), al erigir lugares de culto, la



Pila de agua bendita de la basílica de San Pablo Extramuros, Roma

Santa Iglesia mantuvo la costumbre de edificar en sus atrios fuentes o estanques —llamados *cantharus aquarum*—, donde los fieles se lavaban las manos y los pies. Estas abluciones ya no tenían una finalidad ritual, sino de aseo

y simbólica: eran una imagen del baño regenerador del bautismo y recordaban la pureza interior necesaria para entrar en la casa de Dios. Sin embargo, seguía siendo agua corriente, desprovista de cualquier virtud sobrenatural.

Con el paso del tiempo, las fuentes primitivas dieron paso a las pilas de agua bendita, de menor tamaño y colocadas a la entrada de las iglesias. Ya a principios del siglo IX, Carlomagno prescribía en sus *Capitulares* que en las misas dominicales el sacerdote vertiera agua bendita en un recipiente apropiado para que los fieles se asperjaran antes de entrar en el recinto sagrado.

Al hacer la señal de la cruz con agua bendita a la entrada de las iglesias, nos defendemos de las asechanzas del demonio, nos alejamos de las cosas del mundo y le pedimos al Espíritu Santo que ilumine nuestros corazones, infundiendo la devoción, la reverencia y el silencio propios de la casa de Dios. ✦

... cuándo surgió la costumbre de cantar durante el ofertorio de la misa?

El ofertorio es el rito del santo sacrificio en el que se le presentan al celebrante el pan y el vino. Esta entrega la hace el diácono, quien, en representación de los fieles, le ofrece al sacerdote sus dádivas para que éste se las ofrezca a Dios. Las especies quedarán así benditas, dejando de ser materia profana para convertirse en algo sagrado, a la espera de ser definitivamente transustanciadas en el cuerpo y la sangre de Cristo durante la consagración.

Los fieles de los tres primeros siglos guardaban un respetuoso silencio en este augusto momento. No fue hasta el siglo IV, época de San Agustín, cuando en la iglesia de Cartago se inició la piadosa costumbre de cantar melodías en alabanza a la Divina Majestad durante el ofertorio. Más tarde, el papa San Gregorio Magno extendió esta práctica a la Iglesia universal, concediéndole una forma propia: una antífona acompañada de versos salmódicos, que eran interrumpidos en

el momento en que el sacerdote se volvía hacia los asistentes y les ordenaba: *Orate fratres...* —Orad, hermanos...

Poco a poco, los versos de los salmos desaparecieron y sólo quedó la antífona del ofertorio, la más bella, sublime y mística melodía de las secuencias gregorianas de la santa misa. Expresa el alma del fiel que, en el momento del santo sacrificio, proclama su total dependencia de Dios, confiesa que todo lo que tiene le pertenece a Él y, por tanto, le ofrece todo su ser. ✦

La mentalidad de Jesús, origen de las santas tendencias

El amor a Nuestro Señor Jesucristo, cuando es auténtico, lleva a la sociedad a conformarse con Él. De esta fidelidad al bautismo, nace la verdadera civilización.

✠ P. Louis Goyard, EP



El paso de Nuestro Señor Jesucristo por la tierra provocó la mayor explosión de la historia; en el ámbito sobrenatural, de la gracia y de la salvación, sin duda, pero no solamente. La «fuerza de impacto» de la Redención se dejó sentir mucho más allá, hasta alcanzar los confines del obrar humano.

De hecho, es difícil expresar hasta dónde se extendieron los desmanes de la Antigüedad pagana, así como a qué punto las tinieblas cubrieron los más diversos ámbitos de las civilizaciones que entonces, tímidamente, buscaban salir de la barbarie.

Entre los pueblos antiguos, la vida humana a menudo era considerada como algo desechable y sin valor. Las fuentes historiográficas abundan en el registro de prácticas crueles, como los innumerables infanticidios que tuvieron lugar en Roma o Esparta. Allí, el Estado no toleraba que sus ciudadanos tuvieran alguna deformidad o mala constitución; en consecuencia, se les encargaba a los padres la bárbara tarea de dar muerte a aquellos hijos incómodos para la sociedad. También se recurría con frecuencia a la eutanasia, habitual práctica en la cultura helénica, donde la vejez era temida y el suicidio pregonado, por ciertas corrientes, como forma legítima de liberarse del sufrimiento físico o de la frustración emocional.

El erudito P. Monsabré,¹ célebre orador sacro dominico, recoge de los más renombrados historiadores un cuadro aterrador de los crímenes cometidos por los pueblos paganos: adulterios, incestos, libertinaje, orgías, robos, fraudes, crueldad... Se hacía apología del crimen, de los vicios más variados, de las pasiones más perversas. Diversas religiones ofrecían sacrificios humanos regularmente. Las mujeres eran tratadas como viles objetos, cuando no deshonradas y agredidas. Los esclavos, utilizados como animales, estaban tan expuestos a los desvaríos de sus amos que podían acabar siendo ejecutados de un momento a otro, sin motivo alguno.

¿Y qué decir de la institución familiar? En Roma, se fue marchitando poco a poco. Si Cornelia, famosa matrona patricia que dio origen a los reformadores Gracos, había dado a luz a doce hijos, a principios del siglo II a. C. ya se consideraba una excepción las parejas que llegasen a tres. Se evitaba el matrimonio, mientras que el divorcio se volvía tan común que nadie se molestaba en darle ningún viso de justificación: bastaba con el simple deseo de cambio. Todo ello iba acompañado —y no podía ser de otro modo— de la instrumentalización de la mujer y del niño.

Sin embargo, incluso en sociedades como la egipcia, donde la figura feme-

nina aún gozaba de un considerable respeto, se multiplicaban otros tipos de indecencias, como las uniones contrarias a la naturaleza —hablamos aquí esencialmente del incesto, que estaba muy extendido en aquel pueblo.

Ahora bien, ese deterioro no se limitaba al ámbito de las costumbres y los preceptos éticos. El historiador Henri Daniel-Rops establece un curioso paralelismo o, mejor dicho, una relación directamente proporcional entre la moralidad y la fuerza creativa en el campo artístico y del pensamiento: cuando aquella disminuía, ésta también se veía afectada. Como ejemplo de esta tesis, el autor menciona la Roma decadente, cuyas obras maestras, «nacidas en la siembra del suelo latino con el grano helénico»,² duraron poco, siendo seguidas por una época de copias serviles, tanto en las artes plásticas como en la literatura.

Encontramos una conclusión parecida —aunque con una interpretación completamente distinta— en la pluma de un historiador ateo como Will Durant,³ quien constataba la existencia de una relación entre la reforma de las costumbres y el florecimiento artístico en el antiguo Egipto.

En determinado momento nace Jesucristo y se inicia un proceso vencedor destinado a transformar el mundo entero.

Al introducir en el hombre una participación de la propia vida divina, el

bautismo lo deificó y lo convirtió en templo del Espíritu Santo (cf. 1 Cor 3: 16-17; 6, 19). Poco a poco, la acción del Paráclito en las almas, coadyuvada por la fidelidad a la gracia santificante, fue sublimando no sólo la comprensión de Dios y su ley, sino que modificó la visión misma del universo. Por lo tanto, la humanidad pudo adquirir gradualmente una nueva manera de amar, sentir, juzgar y actuar, cada vez más conforme a la mentalidad de Nuestro Señor Jesucristo.

El esfuerzo evangelizador de los Apóstoles, discípulos y Padres de la Iglesia, junto con la influencia y acción de una multitud de santos, inspiró un carácter de alma sin precedentes, basado en la práctica de los mandamientos y hecho todo de elevación y santidad. Así pues, de tal modo se reformó el cuerpo social que el papa León XIII pudo afirmar: «Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados».⁴ De hecho, la mentalidad que dio origen a la civilización cristiana a tal punto impregnó la sociedad que modeló todos los ámbitos del obrar humano, ordenando incluso sus propias tendencias.

Del latín *tendere*, la tendencia es una inclinación o propensión hacia algo. Todo hombre posee instintivamente una serie de simpatías y antipatías, deseos o temores, admiraciones o desprecios con relación a todo lo que le rodea. Nos gustan ciertas personas y detestamos a otras; algunas situaciones nos atraen, otras nos ahuyentan; nos agradan determinadas fragancias, colores, formas y melodías, mientras que otras nos causan repulsión, apatía o aburrimiento. De manera que tendemos naturalmente hacia lo que repercute positivamente en nosotros y tratamos de evitar lo contrario.

Pero ¿cuál es la causa de estas reacciones? Según el consagrado axioma filosófico, *similis simili gaudet*: lo semejante se alegra con lo semejante. Por eso, los principios, criterios y experiencias que componen nuestra mentalidad

nos llevan a tender hacia lo que se identifica con ella, condicionando nuestra interpretación del mundo, nuestro sentido de finalidad, nuestro arbitrio moral, e influyendo en todos nuestros actos.

Ahora bien, esto es exactamente lo que ocurrió con la civilización cristiana, porque el amor de Jesucristo que animaba a los medievales los llevó a querer hacer todas las cosas, incluso las más ínfimas, semejantes a Él.

Al despedirse de los suyos, el Señor les dio el mandato de ir por el mundo entero y predicar el Evangelio «a toda la creación» (Mc 16, 15). Por consiguiente, no sólo los hombres gozan del derecho a la evangelización: esta «obra de misericordia» debe extenderse a toda criatura..., aun a las irracionales o incluso a aquellas que no tienen vida. Según algunos comentaristas, esto se traduce en una ordenación de la creación material de acuerdo con los criterios del Reino de Dios, generando frutos en la cultura, la literatura, el arte, la lengua, etc.

Como lo atestigua la historia del pueblo elegido, en la amplia enseñanza de los salmos, siempre que la humanidad opta por seguir la voluntad de Dios y practicar sus mandamientos, todo florece y prospera. En cambio, cada vez que la sociedad se aparta del Señor, todo decae y los pueblos se ven amenazados con regresar a las tinieblas de la barbarie y de la inhumanidad. Por cierto, no es otro el mensaje que una vez más la Santísima Virgen trajo al mundo, al aparecerse en Fátima.

Por lo tanto, esta nueva sección de la revista *Heraldos del Evangelio* aspira a presentar aspectos variados de la civilización cristiana sobre los cuales incidió la preciosísima sangre del Redentor, como expresión de su mentalidad, contrastándolos, siempre que fuere necesario, con manifestaciones de mentalidades opuestas. Esperamos con ello fomentar en nuestros lectores el entusiasmo por el «perfume de Cris-

to» que emana de las páginas del Evangelio y mover los corazones a imitar el ejemplo de Nuestra Señora, hasta que la sociedad se conforme enteramente al ideal que regirá su Reino. ✠

¹ Cf. MONSABRÉ, OP, Jacques-Marie-Louis. *Exposition du dogme catholique. Préparation de l'Incarnation. Carême 1877*. 11.ª ed. Paris: Lethielleux, 1905, pp. 244-247.

² DANIEL-ROPS, Henri. *La Iglesia de los Apóstoles y de los mártires*. Barcelona: Luis de Caralt, 1955, p. 125, nota 11.

³ Cf. DURANT, Will. *Story of Civilization. Our Oriental Heritage*. New York: Simon and Schuster, 1942, t. I, pp. 192-193; 210.

⁴ LEÓN XIII. *Immortale Dei*, n.º 28.



Misericordia inagotable y transformante

Nuestra Señora está presente en la ininterrumpida lucha que cada hombre libra contra sus defectos, para adquirir mayores virtudes. Y aunque no nos acordemos de Ella, María intercede por nosotros desde lo alto del Cielo, con una misericordia que ninguna forma de pecado puede agotar.

Porque es propio de la grandeza de la Madre de Dios, en quien todo es admirable y extraordinario, ser un inmenso y perfecto refugio. Siempre que el pecador recurre a Ella, la Virgen Santísima, llena de bondad, lo protege, le concede todo tipo de perdón, limpia su alma, le da fuerzas para practicar la virtud y lo transforma de hijo pródigo en hombre bueno y fiel.

Plinio Corrêa de Oliveira